

A vintage movie poster for the film 'The Iron Mask'. The central figure is Douglas Fairbanks, dressed in 17th-century French attire. He wears a red velvet vest over a light blue long-sleeved shirt with white cuffs, a blue belt with a silver buckle, dark breeches, and red boots. He holds a sword in his right hand and a blue hat in his left. The background is a stone-paved courtyard. The title 'LA MASCARA DE HIERRO' is printed in large red letters in the upper right, and the actor's name 'DOUGLAS FAIRBANKS' is in white letters in the lower right.

LA MASCARA DE HIERRO

DOUGLAS
FAIRBANKS



LA MÁSCARA DE HIERRO

REVISADO POR
LA CENSURA

1 9 3 0

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 834 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 737

LA MASCARA DE HIERRO

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título, interpretada por el eminente actor

DOUGLAS FAIRBANKS

VERSIÓN LITERARIA DE
MANUEL NIETO GALÁN

Autorizada por
ARTISTAS ASOCIADOS



Rambla Cataluña, 62 Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

Ana de Austria.....	Belle Benet
Constancia Benavides ..	Marguerite de la Moite
D'Arlagnan.....	DOUGLAS FAIRBANKS
Luis XIII.....	Boile Sedan
Luis XIV.....	William Bakwell
Athos.....	Laon Barry
Porthos.....	Stanley Sandford
Aramis.....	Gino Corrado
Cardenal Richelieu.....	Nigel De Brulier
Conde de Rochefort.....	Ulrich Haupt
El Padre José.....	Lon Poll

Fotografías facilitadas por

D. Eduardo Gurt

Representante en España de

ARTISTAS ASOCIADOS

EXPLICACIÓN

POR todos es conocida la experiencia de Douglas Fairbanks en llevar a la pantalla los asuntos históricos y de su gran habilidad para entresacar del original todo aquello que tiene verdadero interés, huyendo de lo que vulgarmente se le llama "paja" y sirve tan sólo para llenar hojas del libro.

Nuevamente el gran actor ha realizado una de sus grandes producciones históricas, "La máscara de hierro" y, como siempre, ha querido que ni un sólo momento de la película careciese de ese interés tan extraordinario de todas sus obras, y para ello, con un acierto del que solamente él es capaz ha refundido en un solo film dos épocas distintas, pero íntimamente ligadas la una con la otra, la de "Los tres mosqueteros" y la de "La máscara de hierro". De esta unión ha resultado una producción extraordinaria, una película en la que ni uno solo de sus momentos carece de interés, un interés emotivo, que sugiere el ánimo del espectador y le hace seguir intrigado todo su desarrollo. Una vez dada esta pequeña explicación para que nuestros lectores no se sorprendan en algunos momentos de nuestra narración, a continuación describimos el argumento de "La máscara de hierro".

LA MÁSCARA DE HIERRO

—♦♦♦—
ARGUMENTO DE LA PELÍCULA
—♦♦♦—

LOS CUATRO MOSQUETEROS



N París, el 5 de septiembre de 1638, había en Saint-Germain esa atmósfera de expectación que precede a los grandes acontecimientos, y las trompetas de la Guardia rimaban bien con la efervescencia del pueblo. Por las calles y plazas se veía una multitud compacta en cuyos rostros se adivinaba que aquel día tenía que suceder algo importante para la historia de Francia. Dijérase que aquel día se decidía la suerte de la nación, y entre toda esa multitud no faltaban tampoco cuatro figuras interesantes: cuatro Mosqueteros, fanfarrones, alegres, desenfadados, unidos por una amistad tan sincera, que más bien parecía un sentimiento nacido de Dios, que resistía al tiempo y a los sucesos. Nada podía alterarla; era una amistad tan fuerte como sus propias vidas, y que perduraría más allá de la muerte.

Ninguno de ellos había conocido jamás el miedo, y en más de una ocasión habían expuesto sus vidas por Francia y por su Rey. Sus nombres eran conocidos en Palacio y en casi todo París, como el de célebres espadas, cuyas estocadas eran terribles. Cada uno había venido por sitios distintos; pero como si Dios los hubiera criado para reunirse, habían jurado protegerse los unos a los otros hasta morir, y al grito de "¡Hola!", lanzado por cualquiera de ellos se apresuraban los demás a la pelea, con el sólo anhelo de proteger a su compañero. Esta unión era conocida por el jefe de los Mosqueteros del Rey, y los nombres de D'Artagnan, Porthos, Athos y Aramis, figuraban en su lista de soldados como símbolos de valentía y fidelidad.

No les faltaba tampoco la dama por quién suspirar, y D'Artagnan hubiera atravesado de una estocada al que hubiera sido capaz de decir que en el mundo había otra mujer más hermosa que Constanza Bonacieux. Háblala conocido en circunstancias bastantes extraordinarias; pero la angelical belleza de la joven, pronto inflamó el corazón del valiente Mosquetero, que expuso su vida en el desempeño de una delicada misión confiada por la joven, quien a su vez supo recompensarle su acción con un profundo amor.

Constanza Bonacieux, como camarera y confidente de la Reina, háblala hablado varias veces de su amado, y la soberana protegía con su natural benevolencia aquellos amores, en la seguridad de que en la persona de D'Artagnan tenía un fiel defensor contra las intrigas y manejos del Cardenal Richelieu, como podían probarlo los guardias de

éste en varias ocasiones que intentaron trabar conocimiento con las espadas de los cuatro amigos.

Como decíamos, el día 5 de septiembre de 1638 la efervescencia del pueblo era grande, pero, sin embargo, D'Artagnan se había alejado del tumulto para dirigirse a la calle de Lyon, la que tenía el alto honor de ser testigo cotidiano de los gestos, ora altaneros, ora rendidos, pero siempre exagerados del simpático D'Artagnan.

En una de las casas de aquella calle vivía Constancia Bonacieux en unión de una vieja sirvienta, y al silbido lanzado por D'Artagnan, salió a la ventana y gritó alegremente:

— ¡D'Artagnan!

— ¡Constancia! — respondió el Mosquetero —. Salid inmediatamente, que tengo que daros un recado importante.

— Decidme cuál es — contestó la joven.

— Es imposible desde aquí. Se enteraría toda la gente, y sólo vos debéis saberlo.

Intrigada la muchacha por lo que pudiera ser, salió precedida de la sirvienta, y D'Artagnan, con esa vehemencia tan innata en él, sin fijarse que la primera que salía era la criada, tomó a ésta entre sus brazos y la dió un sonoro beso que la hizo exclamar:

— ¡Estaos quieto, demonio!... Esperad que salga a la que buscáis.

Constancia no pudo reprimir una alegre carcajada al darse cuenta del error de su amado, a la vez que le decía:

— ¿Podéis decirme cuál es vuestro recado?... Pues según veo, ya os habéis olvidado de él.

Por toda respuesta, D'Artagnan la tomó de una mano e hizo ademán de atraerla hacia él para besarla, cosa que impidió ella diciéndole:

—Reparad que nos mira mucha gente, y no es prudente que hagáis esas manifestaciones de cariño ante ella.

En aquel instante ante la casa de la Bonacieux se paró una carroza, y la joven, señalando hacia ella, le dijo:

—Es el coche de la Reina, que viene a buscarme, y no puedo hacerle esperar.

Corrió hacia el carruaje, mas del interior de él la sacó D'Artagnan, que no estaba dispuesto a perder la ocasión de besarla, y se la llevó contra una esquina, procurando huir de las miradas curiosas de los transeúntes. Una vez fué a besarla, pero Constanca vió que una mujer los miraba desde lejos, y exclamó:

—¡Por Dios, D'Artagnan, que nos están viendo!

De allí la llevó el Mosquetero a otro sitio apartado, pero con el mismo resultado, hasta que, finalmente, haciéndola saltar la valla de un pequeño jardín se creyeron a seguro, y estrechándola entre sus brazos, le dijo:

—¿Cómo sois tan ingrata, Constanca? ¿Podrías haberos marchado sin dejarme besar aunque sólo fuera por una vez vuestros divinos labios?

La joven se echó a reír a la vez que le ofrecía un beso. D'Artagnan se sintió romántico, quiso hacer una comparación y cortando de un rosal que había a mano una espléndida rosa, la acercó a los labios de la amada y las besó a las dos al mismo tiempo.

—¿Qué hacéis — preguntó intrigada Constanca.

—He querido besar las dos flores más bellas que hay en el mundo, y por eso he unido esta rosa a vuestra boca. La belleza y perfume de una y otra son idénticos.

No pudo menos Constanca que sentirse satisfecha ante tan gentil galantería, y para que él no viera en sus ojos reflejada toda su dicha, los elevó al cielo; pero al hacerlo, vió, con sorpresa, que una mujer anciana desde lo alto de la ventana veía el idilio de los dos amantes, y exclamó asustada:

—¡Esa mujer nos ha visto, D'Artagnan!

—¡Bah! — respondió éste —. No os importe. Ya veréis como ella misma nos ayuda.

Y diciendo esto, se encaró con la vieja y le dijo:

—Buena mujer... ¿Haría usted el favor de retirarse aunque sólo fuera unos segundos?

Por toda respuesta, la vieja sacó del interior de la vivienda una cesta y la arrojó sobre la cabeza de los dos enamorados, que quedaron medio ocultos.

En aquella postura, D'Artagnan probó por última vez el almibarado sabor de los labios de su amada. La tomó después en sus brazos, y como quien lleva una pluma, la transportó al interior de la carroza. Se sentó en el estribo de ella y le preguntó a Constanca:

—¿Por qué os llama la Reina con tal precipitación?

—Porque, sin duda — respondió la joven —, está a punto de nacer el heredero de la Corona de Francia, y quiere que sea hecha por mí la primera ropa que lleve.

Sacó, al decir esto, una pequeña camisita de seda y se

la enseñó a D'Artagnan, que se la quedó contemplando un buen rato, hasta que exclamó picarescamente:

—¿Sabéis lo que me hace pensar esta ropa?

Ella le miró interrogativamente, sin adivinar su pensamiento, y D'Artagnan se lo explicó diciéndole:

—En el momento en que tengáis que hacer otra igual para el heredero de..... D'Artagnan y Constanca Bonacieux.

El rubor cubrió instantáneamente las mejillas de la joven, que le dio un cariñoso bofetón, diciéndole:

—Os prohibo hablar en esa forma, descarado.

Dió orden al cochero de partir, y D'Artagnan siguió corriendo detrás de la carroza hasta cerca del palacio.

LOS DOS GEMELOS

La expectación que reinaba en el pueblo estaba justificada, puesto que de un momento a otro se esperaba el nacimiento del heredero de Francia.

Toda la multitud se hallaba ante las puertas del Palais Royal, cuando llegó el rey Luis XIII, a quien esperaba toda la corte. Entre saludos ceremoniosos, atravesó el Monarca las habitaciones del palacio, y en una de ellas se encontró a su primer ministro, el Cardenal Richelieu. Los dos hombres se miraron fijamente, como si en aquella mirada se lanzaran un reto, y el Cardenal permaneció impassible. Luis XIII, ante sus súbditos quería dar una muestra de su soberanía, pero en el ánimo de todos estaba que el que verdaderamente llevaba las riendas de la nación era el Cardenal. Este, al llegar el Rey adonde él estaba, hizo una leve inclinación de cabeza, a la vez que le decía:

—Majestad, el día de hoy será una fecha en la Historia de Francia.

—Cardenal — respondió secamente Luis XIII —, olvidad que sois ministro de Estado y recordad que lo sois de Dios. Rogadle que sea un hijo lo que me dé.

—Estad seguro, Majestad — volvió a decir el Cardenal —, que elevaré mis más fervientes plegarias para que se cumplan los deseos de vuestra Majestad.

El Rey, después de estas breves palabras, continuó su camino hacia las habitaciones de la Reina, donde encontró en la antecámara a Constanza Bonacieux y a Madame Peronne, que, en unión del padre de José, la mano derecha del Cardenal, esperaban el momento del alumbramiento.

El Rey fué a acercarse al lecho de la Soberana, y Madame Peronne, le dijo sumisamente:

—Sería conveniente que Su Majestad aguardase unos segundos en el salón.

El Rey siguió el consejo que le dió la dama de honor y salió adonde estaban los cortesanos, mientras que en la cámara de la soberana se hacían los preparativos para recibir al heredero del trono.

Entre tanto, en la puerta del palacio ocurría un hecho que es digno de ser mencionado, aunque para ello tengamos que alejarnos momentáneamente del curso de los acontecimientos.

Aramis tenía amores con cierta dama de algún abolengo, y esperaba impaciente en la puerta del Palacio Real que llegara ésta, para ver si le daba la cita que deseaba. La señal era dejar caer el pañuelo cuando pasase cerca de él, en el cual iría indicado el sitio y la hora en que podría verla.

Llegó la dama, acompañada de su esposo, uno de los más fervientes partidarios del Cardenal, y al pasar junto a Aramis dejó caer el pañuelo disimuladamente. El esposo le vió y fué a recogerlo, pero antes de que pudiera ha-

cerlo, ya se había apoderado de él Aramis, que se negó enérgicamente a entregárselo.

—Sin duda, ignoráis que esta dama es mi esposa, caballero — exclamó el otro ante la negativa del Mosquetero.

—Pero es bella, y por eso guarilo una prenda que le ha pertenecido — respondió Aramis.

—Vuestras palabras son una ofensa, que castigaré como se merece — exclamó indignado el esposo, haciendo ademán de sacar su espada.

En aquel instante se acercó a él uno de los guardias del Cardenal y le dijo al oído:

—¡Tened cuidado!.... Es Aramis, una de las cuatro mejores espadas de Francia.

—¡Me ha ofendido, y no puedo dejar de castigarlo! — respondió el marido —. Si en verdad sois caballero, no dudo que sabréis salir en mi defensa.

Aramis, que ya se había puesto en guardia, vió con sorpresa que no era solamente con uno con quien se las tenía que ver, sino que en aquel momento se habían reunido varios guardias del Cardenal, que con espada en mano se dirigían hacia él, con no muy buena intención. Sin perder su peculiar sangre fría, se puso en guardia, a la vez que gritaba:

—¡Ho... lá!

Al grito altivo de combate de los cuatro Mosqueteros, acudieron—altivo el ademán y pronta la espada—Porthos y Athos, que se hallaban en una taberna cercana. Rápida-

mente desenvainaron sus aceros y se pusieron al lado de Aramis.

Mientras luchaban, vieron que faltaba uno de ellos, y nuevamente atronó el espacio el grito de combate con que solían llamarse. A su conjuro, no tardó en aparecer D'Artagnan, que exclamó:

—¡Por Dios vivo!..... ¿Queréis decirme qué es lo que sucede?

—Estos guardias del Cardenal, que quieren tener conocimiento con nuestras espadas — respondió Aramis.

D'Artagnan contó inmediatamente el número de adversarios y exclamó a su vez riendo:

—¡Bah!, son diez guardias del Cardenal contra cuatro Mosqueteros... la lucha está bien igualada.

Las espadas se cruzaron rápidamente, y los guardias del Cardenal ante el empuje de los Mosqueteros retrocedieron intencionadamente, para acercarse a la taberna donde sabían encontrarían más refuerzo.

Así fué, en efecto. Los guardias del Cardenal que estaban allí, al ver en tan grave aprieto a sus compañeros, se lanzaron a la pelea, pero pronto quedaron convencidos de que más valían cuatro espadas bien manejadas, que todos aquellos aceros reunidos. Cada estocada de cada uno de los Mosqueteros era un adversario menos que tenían, hasta que el jefe de los guardias, al ver que llevaban las de perder, adoptó un aire digno y detuvo a sus hombres diciéndoles:

—¡Despreciamos a esos fanfarrones!..... Así, como así, el Cardenal nos ha prohibido batirnos en duelo,

Todos los presentes celebraron con una carcajada de burla la salida del jefe de los guardias, y los Mosqueteros quedaron nuevamente hechos dueños de la situación.

Poribus inmediatamente quiso celebrar la victoria y exclamó:

—Esta derrota de los guardias debemos solemnizarla con un buen trago.

—Aceptado—respondió D'Artagnan—, y puesto que la Providencia nos brinda vino de balde, aprovechemos la ocasión.

Todos se le quedaron mirando, sin comprender lo que quería decir, y D'Artagnan, señalando a un pequeño carro que pasaba por la puerta de la taberna cargado con barriles de vino, siguió diciendo a sus compañeros:

—Ahí tenéis el vino. Vamos por él.

Antes de que el pobre hombre se diera cuenta de lo que le pasaba, se vió dentro de la taberna, arrastrado con el carro y a uno de los Mosqueteros que destapa un barril y ofrecía del vino a todos los parroquianos.

Indignado el carretero por aquello, se adelantó hacia D'Artagnan y le dijo:

—¿Crecéis acaso que por ser villano no sé manejar una espada? ¡Venid conmigo si os atrevéis!

El reto del pobre hombre no podía menos que hacer reír a los Mosqueteros, y fué el propio D'Artagnan el que le ofreció una espada, para darle una lección.

Al momento comprendió el pobre vinatero que estaba a merced de aquel hombre, que jugaba con su vida como un juguete y exclamó:

—Me doy por vencido antes de que me agujeréis la piel.

Dejó D'Artagnan de batirse y le dijo, dándole un cariñoso golpe en la espalda:

—Veo que sois razonables, amigo mío, y no quiero que digáis nunca que un Mosquetero es ha robado.

Y dirigiéndose a los que estaban en la taberna, les gritó:

—¡Todos hemos saboreado el vino de este hombre y justo es que se lo paguemos! ¡Juguemos a los dados su importe y entreguémosle lo ganado!

Inmediatamente el dueño del establecimiento puso sobre el mostrador un cubilete con los dados, y D'Artagnan con una suerte que para otra ocasión la hubiera querido, fué ganando a cuantos probaban la fortuna contra él. Cuando hubo reunido una buena cantidad, se la entregó al vinatero, diciéndole:

—Aquí tenéis el doble de lo que nos hemos bebido; ya podéis marcharos.

—Gracias, caballeros — respondió el carretero —. Ya sabía yo que todo esto era cuestión de broma, y por eso me atreví a desafiaros.

Y como la alegría era innata en aquellos hombres, la fiesta en la taberna siguió hasta bien entrada la noche.

Mientras este acontecimiento, que acabamos de relatar, se desarrollaba, en palacio sucedían importantes sucesos.

La Reina había dado a luz un hermoso niño, y el Rey, con él en los brazos, salió al balcón de palacio para enseñárselo al pueblo, que prorrumpió en gritos de alegría.

Francia ya tenía un heredero de la Corona después de haberlo esperado inútilmente durante varios años, y el regocijo general se desencadenó por las calles de la ciudad, mientras que en palacio la alegría de aquellos momentos se oscurecía con la nube del nacimiento de un gemelo.

El padre José salió al salón donde estaba el Cardenal, antes que nadie supiera la noticia del nuevo alumbramiento de la Soberana, y el Cardenal le preguntó:

—¿Hay alguna noticia, José?

—Ninguna, por ahora, monseñor — respondió el padre —. Solamente he venido para traeros vuestros polvos.

Le entregó un papelito, donde traía envueltos el medicamento del Cardenal, y éste al deslizarlo, se detuvo a leer lo que en él había escrito el padre José y que decía escuetamente:

—“Ha nacido otro... un gemelo.”

Richelieu no pudo contener un movimiento de sorpresa, que no pasó inadvertido para el conde de Rochefort, un hábil cortesano, intrigante y astuto, que ponía todas estas cualidades al servicio de su desmedida ambición. Instintivamente comprendió que algo grave debía haberle dicho el padre José al Cardenal, y prestó oídos para ver la forma de enterarse. Mas el Cardenal, con ese aplomo admirable que tenía en todos sus actos, se limitó a decir indiferente, después de tomarse el vaso de agua mezclada con los polvos:

—La dosis es hoy un poco fuerte, padre José.

Hizo una seña a éste para que lo siguiera, sin darse cuenta de que se le había caído el papel, donde estaban

liados los polvos, y una vez que llegaron a una habitación reservada del palacio, le dijo el Cardenal:

—Un delfín es la paz para Francia... Dos..... es la discordia.

—Así lo creo yo también, Eminencia — respondió el padre José.

—¿Cuántas personas conocen la noticia? — preguntó Richelieu.

—La Reina... Madame Peronne... Constanca... vos... y yo. En total, cinco.

El Cardenal quedó un momento pensativo, y al fin exclamó:

—Hay que esconder al niño lejos de Francia. Tú y Madame Peronne lo llevaréis inmediatamente a España... Yo pediré a la Reina que guarde el secreto.

—Pero os olvidáis, Monseñor, de Constanca, la costurera — le respondió el padre José.

—Enviámela inmediatamente y di al Conde de Rochefort que me espere en el corredor del Este, que tengo que hablarle.

Mientras que el Cardenal y el padre José sostenían aquella conferencia, el conde de Rochefort, que no los había perdido de vista, se había apoderado del papel que se le cayó al Cardenal y se había enterado de su contenido.

—¡La noticia no puede ser más importante! — se dijo interiormente —. Esperemos, a ver lo que resuelve el Cardenal. Sin duda, este gemelo viene a destruir todos sus cálculos.

Constancia Bonacieux, llamada por el Cardenal, fué

conducida hasta donde éste estaba por el padre José, que se alejó prudentemente, no sin asegurarse antes de que todas las puertas de la habitación estaban bien cerradas y de que le era imposible huir a la joven.

Sorprendida por aquella llamada del Cardenal, con quien no la unía ningún lazo de simpatía, la joven aguardó a que aquél hablara, que empezó diciéndole:

—El azar os ha puesto en posesión de un secreto más importante que vuestra vida..... Jamás vuestros labios deben revelar el secreto del nacimiento del segundo delfín.

—Haré cuanto me ordene Su Majestad la Reina — respondió la joven, que jamás había querido someterse a la voluntad del Cardenal.

Aquella respuesta le dió a entender al primer Ministro de Francia que aquella mujer era un serio peligro para mantener oculto el secreto del segundo nacimiento. Sin decir una palabra salió de la estancia, dejando encerrada a la joven, y fué en busca del conde de Rochefort, a quien le dijo:

—Vos, conde, os encargaréis de conducir a Constanacia Bonacieux al convento de Nantes. Que sea encerrada en una celda, y ni vos ni nadie debe hablarla. La entregareis a Milady Winter y habrá acabado vuestra misión. ¿Sabéis dónde vive?

El Conde hizo un signo afirmativo con la cabeza y se dirigió para ordenar que prepararan la carroza en la que debía de ser conducida la joven, que en aquellos momentos se desesperaba, ante la imposibilidad de poder salir del encierro en que le había dejado el Cardenal.

Este se dirigió al salón donde el Rey estaba con los cortesanos, celebrando el nacimiento del Delfín, y le dijo intencionadamente:

—Señor, Vuestra Majestad es *dos veces* más poderoso de lo que yo creía.

Nadie podía entender las palabras del Cardenal, y éste, una vez felicitado el Monarca, se fué a las habitaciones de la Reina, para convencerla de la conveniencia de ocultar el nacimiento del segundo gemelo.

LADY WINTER

El nombre de Milady Winter está unido a uno de los hechos de la Historia de Francia, con tal fuerza, que no podemos menos que, aunque sea ligeramente, dar una explicación de lo que fué esta mujer, de vida aventurera, que en aquella época buscaba medrar en la sombra protectora de las cortes europeas.

Mujer de extraordinaria belleza, de una belleza capaz de seducir al hombre más santo, en los primeros años de su juventud, cuando apenas era una niña, se hallaba de religiosa en el convento de las Benedictinas de Templemar. Allí conoció a un joven sacerdote, de corazón sencillo y cristiano, a quien consiguió seducir. Los votos de ambos eran irrevocables; su unión no podía durar mucho tiempo sin perderlos, y lo persuadió para que juntos abandonasen el país. Como carecía de medios para ello, le hizo robar los vasos sagrados de la iglesia, pero cuando se disponían a huir, fueron presos y encarcelados. No tardó aquella diabólica mujer en seducir al hijo del carcelero para que le facilitase la fuga, y huyó con él, a quien abandonó ocho días después. El joven sacerdote fué marcado por el hierro infamante del verdugo, marca que tuvo que ponérsela su mismo hermano, que a su vez juró tomar venganza de la que había perdido a su hermano, y, por lo me-

nos, ya que no la muerte, que sufriera la vergüenza de la marca de los criminales. Consiguió cumplir su venganza; pero cuando volvió a Lille, donde estaba encarcelado el antiguo sacerdote, éste había escapado, y en su lugar quedó prendido su hermano.

La antigua religiosa volvió a reunirse con su primer amante, que consiguió un pequeño curato en el territorio de los condes de Berry, haciéndose pasar por hermano de la joven.

El señor del territorio no tardó en quedar prendido en los encantos de aquella perversa mujer, que abandonó al que se había perdido por ella, para casarse con el Conde de Berry. Loco, desesperado, el antiguo sacerdote volvió a Lille y se presentó a la justicia, quien dejó en libertad al otro hermano. Al día siguiente, en la celda que ocupaba el nuevo prisionero, se le encontró ahorcado, siendo ésta la primera víctima causada por la perversidad de aquella mujer.

Un día que iba de caza con su marido, cayó del caballo y perdió el conocimiento: el conde se lanzó en su socorro, y como el vestido la ahogaba, lo rasgó con su puñal, y la descubrió el hombro, donde llevaba marcada la flor de lis, el estigma de los criminales. El conde era señor de horca y cuchillo, tenía en sus posesiones derecho de alta y baja justicia; pero en vez de matarla, acabó de desgarrar los vestidos de la condesa, la ató las manos a la espalda y la colgó de un árbol, dejándola por muerta.

La deshonra que había caído sobre su nombre, lo hizo

huír de su territorio, y con el nombre de Athos se alistó en "Los Mosqueteros del Rey".

Pasó el tiempo y nada se supo de ella, hasta que se presentó en la corte con el título de Lady Winter, nuevamente había prendido entre sus garras doradas el corazón de Lord Winter, y después de hacerle que le nombrara heredera de todos sus bienes lo envenenó.

A la muerte de su esposo, y con la conciencia cargada de crímenes, se presentó en la Corte de París, donde su belleza la hizo sobresalir entre las damas, y su instinto perverso la convirtió en un arma poderosa al servicio del Cardenal Richelieu.

En manos de esta mujer, ignorante de cualquier sentimiento humano, era en las que se iba a encontrar dentro de poco la angelical Constancia, por el sólo delito de conocer un secreto que el Cardenal creía oportuno ocultar, por razones de Estado.

A viva fuerza fué conducida a casa de Milady Winter, y el Conde de Rochefort se la entregó diciéndole:

—Debéis conducir a la joven que se halla en la litera, al convento de Nantes.

—¿Quién lo ordena? — preguntó Milady.

—El Cardenal. Conoce un secreto que nadie debe saber. Si seguís la orilla del Sena, podéis estar allí al amanecer.

—Cumpliré vuestras indicaciones al pie de la letra— respondió Milady subiendo en la misma litera, donde iba Constancia amordazada.

Antes de partir, el Conde de Rochefort se acercó a la portezuela y le recomendó a la aventurera.

—Sobre todo, esa joven no debe cambiar una sola palabra con nadie.....

—Desenidad, Conde de Rochefort; sé cumplir las órdenes que me dan — exclamó Milady, haciendo una señal al cochero para que emprendiese la marcha.

La casualidad había hecho que, Planchet, el simpático criado D'Artagnan viese todo lo que había ocurrido. Al abrirse la portezuela de la silla, vió el rostro de la joven y exclamó admirado:

—¡Dios mío, es Constanca Bonacieux!..... ¡Habrà que avisar a D'Artagnan!

Y sin detenerse un instante, corrió hacia la casa donde los cuatro amigos dormían a pierna suelta, y llamó a su amo, diciéndole:

—¡Acabo de ver cómo se llevaban secuestrada a Constanca Bonacieux!

—¿Qué dices, imbécil? — exclamó D'Artagnan, dando un salto de la cama.

—Lo que oí. Iba amordazada para que no pudiese gritar. Sin duda, la traían así desde palacio.

—¿No sabes quién la acompañaba? — preguntó nuevamente el Mosquetero, a la vez que se iba vistiendo.

—Sí — respondió el criado —. Era el Conde de Rochefort; pero éste ha vuelto otra vez a su palacio.

D'Artagnan refirió a sus amigos lo que le ocurría en breves palabras, y tomando su espada, corrió, con toda

la velocidad que pudo imprimirle a su caballo, hacia la casa de Rochefort.

Por una de las ventanas de su palacio, el Conde vió llegar a D'Artagnan y comprendió en seguida que aquél estaba al corriente de la misión que acababa de cumplir.

El temor de acabar su vida en sus manos, le hizo cerrar las puertas para que no pudiese entrar, mas para la fuerza del Mosquetero no había puerta que se le resistiera. De una terrible patada la hizo añicos y entró dentro. Rochefort se encerró en otra habitación, pero la puerta de ésta siguió el mismo camino de la primera, hasta que finalmente el Conde se vió en poder de D'Artagnan, que sujetándolo por el cuello, le dijo:

—¡Hablad por Satanás!... ¿Dónde está Constanca?

—Donde nunca la encontraréis — repuso el Conde.

—¡Pues yo te haré hablar, miserable! — exclamó nuevamente D'Artagnan, dándole un fuerte puñetazo que Rochefort quedó privado de conocimiento.

El ruido que hacían los criados que corrían en auxilio de su señor, decidió a D'Artagnan a cargarse con el Conde y montar nuevamente a caballo.

Los criados, al verle huir, comprendieron que algo grave debía ocurrir, y uno de ellos dijo a sus compañeros:

—¡Hay que ir a contarle lo sucedido al Cardenal!

Minutos después llegaba D'Artagnan con el Conde de Rochefort a la puerta de la casa donde vivía y se reunía con sus amigos, a quienes les dijo:

—Aquí traigo al miserable que sabe dónde está Constanca, pero se niega a hablar.

—Atadlo a la cuerda de ese pozo y cuando vea que su vida peligra, ya veréis cómo canta — propuso Aramis.

Hicieronlo así, y cuando consiguieron que aquél recuperase el conocimiento, D'Artagnan volvió a preguntarle:

—¿Me decís dónde está Constanca o morís a mis manos!

El Conde volvió a guardar silencio. Entonces el Mosquetero sacó su cuchillo y empezó a cortar la cuerda del pozo sobre el que se hallaba suspendido el Conde y le dijo:

—Os quedan muy pocos segundos para salvar vuestra vida. Si habláis, nada os haremos, de lo contrario pereceréis ahogado.

El miedo a la muerte pudo en el miserable más que el cumplimiento de su deber y no dudó en decir:

—¿Está en el convento de Nantes por orden del Cardenal!

—¡A caballo y a Nantes! — gritó D'Artagnan, emprendiendo el camino, seguido de sus compañeros.

El Cardenal Richelieu había sido avisado por los criados del conde de lo que había ocurrido, y sin detenerse un instante corrió en auxilio de aquél, protegido por un gran número de guardias.

Cuando llegó donde estaba Rochefort, no vió nada más que a éste y comprendió que había revelado el lugar donde se encontraba Constanca, pues conocía demasiado la temeridad de los Mosqueteros para creer que éstos se habían contentado con amenazar al Conde.

Se dirigió a éste y le preguntó secamente:

—¿Habéis revelado dónde se encontraba Constancia?

—He callado hasta el último momento, Monseñor — respondió el Conde.

—¿Es decir, que habéis confesado? — volvió a preguntar el Cardenal, y ante el signo afirmativo de Rochefort, le dijo despectivamente, arrancándole las insignias de capitán de guardia:

—¡Cobarde!.... ¡Imbécil!.... ¡En los hombres que están a mi servicio, la primera traición es también la última!

Volvió a subir en la carroza que había venido y ordenó a los que le acompañaban:

—Al convento de Nantes. Yo les haré ver a esos cuatro Mosqueteros del demonio que el Cardenal Richelieu es todavía el Rey de Francia.

LA MUERTE DE CONSTANCIA BONACIEUX

Con las primeras luces del alba, como había dicho Rochefort, llegaron al convento de Nantes Constancia Bonacieux y Milady Winter, quien durante todo el trayecto pretendió hacer que revelara la joven su secreto. Adivinaba que en la detención de la costurera de la Reina había algo importante que a ella podría servirle como arma para el logro de sus ambiciones, y apenas salieron de París le dijo:

—¿A qué es debido el que el Cardenal haya tomado esta decisión contra vos?

—Es un secreto que no puedo revelaros — respondió la joven.

—Sin embargo, debéis tener presente que eso no reza conmigo, desde el momento que el mismo Cardenal os pone bajo mi custodia. No tengáis miedo alguna y confíaros a mí — insistió Milady.

—Es inútil, señora — volvió a decir Constancia —. Es un secreto que no me pertenece y a nadie puedo confiarlo.

Milady agotó todos los recursos para hacer que la joven le confesara, por las buenas, el motivo de su deten-

ción, y cuando vió que no obtenía ningún resultado positivo por este medio, recurrió a las amenazas, diciéndole:

—Si persistís en vuestro silencio, os haré encerrar en una celda de castigo, hasta que habléis de una vez. ¿Acaso creéis que soy mujer que se contenta con una negativa como la vuestra?... ¡Yo os haré hablar, aunque sea a costa de los mayores suplicios!

—Podéis hacer todo lo que queráis — contestó Constanca —; pero jamás sabréis de mí una sola palabra de lo que tanto os parece interesar, y que ¡ojalá no hubiese sabido yo nunca!

—¿Es decir, que os pesa el conocer un secreto de la corte?

Constancia comprendió que aquella mujer quería hacerla hablar valiéndose de sus preguntas, y desde aquel momento se encerró en un mutismo del cual no pudieron sacarla ni las palabras cariñosas ni las amenazas de la perversa Milady.

Al llegar al convento de Nantes, Milady bajó de la litera en la que conducía a la joven prisionera y le dijo a la superiora:

—Esta joven que os traigo no debe hablar con nadie... excepto conmigo. Es orden del Cardenal.

—Se cumplirán los deseos de Monsieur — respondió la superiora, haciendo entrar a Milady y a Constanca en una de las celdas, donde quedaron inmediatamente solas las dos mujeres.

Entre tanto, aquella misma noche, el Conde de Rochefort, temiendo por su vida, pues sabía de sobras que el

Cardenal no se contentaría con haberlo degradado, reunió en un salón de París a varios espadachines profesionales y les dijo:

—Os he hecho venir para que cumpláis una misión algo difícil. Pero en vuestras manos está el ganáros un puñado de oro.

—¿De qué se trata? — preguntó uno de ellos.

—El Cardenal va camino de Nantes y necesito que me desembaracéis de él.

Los handidos al oír la proposición del Conde quedaron un momento perplejos, pues sabían lo que les esperaba si fracasaban en el golpe. Mas uno de ellos, el más decidido, exclamó al fin:

—Si queréis desembarazaros del Cardenal, tenéis que pagarlo bien. Mil coronas... Ni una menos.

—Convenido — aceptó el Conde —. Aquí tenéis quinientas. La otra parte os la entregaré cuando hayáis cumplido vuestra tarea.

Segundos después, aquellos hombres que por un puñado de oro, no dudaban en quitar la vida a un semejante, partían al galope de sus caballos, en busca del Cardenal.

Pero a éste precedían los cuatro Mosqueteros, que iban decididos a asaltar el convento si era necesario, con tal de conseguir la libertad de Constanza.

Cuando llegaron a las puertas del convento se adelantó D'Artagnan y pretendió entrar a él preguntando:

—¿No han traído aquí a una joven por orden del Cardenal?



- ¿Como mira tan ingrata Constanza?



Enthronement - (H.D. & L.A.)



- (Sah.), son d'ici grandioses del Cardinal contre contre Moscovites.



Los jueces entre los antiguos rivales.



- ¡Oh amor, perdónalo!



El beso de despedida que sella una vida



«Si no te salvaba, Monasthor, es porque vuestra vida me preocupa»

—No podemos responder a vuestra pregunta sin una orden de su Eminencia — respondió la religiosa.

Constancia, que en aquel instante se había acercado a la ventana, vió a D'Artagnan y no pudo evitar un grito de alegría y de esperanza.

—¡D'Artagnan! — gritó.

—Aquí estoy — gritó éste —. No temáis que yo os libentaré.

Subió a un árbol que había inmediato y desde una de sus ramas, de un salto prodigioso se arrojó contra los barrotes de la ventana de la celda en que estaba Constancia.

Milady, al ver que pretendía entrar, sacó un puñal de su seno e intentó herir al joven.

En la lucha sostenida por éste para evitar que aquella mujer pudiese realizar su deseo, le arrancó un trozo del vestido, dejando al descubierto el hombro de Milady.

—¡La marca de los criminales! — exclamó asustada Constancia.

Milady, al verse descubierta, no pudo contener su ira, y abalanzándose sobre la inocente joven, a la vez que esgrimía el puñal, le dijo:

—Todos los que han hecho este descubrimiento, han sido muertos por mí... ¡Tampoco vivirás tú mucho tiempo!

Entre las dos mujeres se entabló una lucha mortal. Constancia gritaba pidiendo socorro, mientras que Milady luchaba por libentar la mano que tenía armada y poder asestar el golpe definitivo sobre la pobre joven.

D'Artagnan, en vista de que no podía entrar por allí, bajó de la ventana y les dijo a sus compañeros:

—Montemos a caballo y echemos abajo la puerta con un tronco de árbol.

En efecto, segundos después, al impulso de los cuatro corceles un enorme tronco que habían cogido, echó por tierra la puerta del convento, y como una tromba se precipitaron hacia la celda donde estaba Constanca.

Desgraciadamente llegaban tarde. La joven había sucumbido a las fuerzas de Milady, y ésta con un ensañamiento de la que únicamente ella era capaz, hundió el puñal en el pecho de Constanca, que cayó al suelo bañada en sangre.

Por primera vez, después de tanto tiempo, Athos y Milady se hallaban frente a frente. Un gesto de espanto delató a Milady que había conocido a su antiguo esposo, e intentó escapar, mas éste la detuvo, diciéndole:

—Veo, señora, que a pesar del tiempo transcurrido, conserváis igual memoria que sentimientos.

—¿Qué es lo que queréis de mí? — preguntó cínicamente Milady.

—Que sufráis el castigo que merecéis por vuestros crímenes. Ahora vais a hacer conocimiento con el verdugo.

Y cogiéndola por un brazo, la condujo, ayudado por Aramis y Porthos hacia una cabaña, donde el Destino había llevado al verdugo de Lille, al mismo que puso sobre su hombro la marca infamante de los criminales.

Al verlo, toda la energía de Milady quedó apagada. Comprendió que aquel hombre no tendría misericordia para ella y cayó a sus pies pidiendo clemencia.

—Para una víbora como tú no hay perdón posible — exclamó aquél —. Debes morir y morirás.

Segundos después, el hacha del verdugo dejaba sin vida el cuerpo de aquella mujer, por el que tantos hombres se habían perdido.

En los primeros momentos, D'Artagnan no prestó atención más que a Constanacia. La vió tendida en el suelo y corrió a sostenerla entre sus brazos.

Al sentirse entre los brazos del hombre amado, Constanacia entreabrió los ojos y murmuró débilmente:

— ¡D'Artagnan!

— Sí, yo soy — respondió aquel —; yo, que vengo a libraros, a que seamos nuevamente felices con nuestro amor, como en otro tiempo.

— No puede ser — suspiró nuevamente Constanacia—. Hay un secreto que ella quería saber, quería saber... el otro... otro...

— ¡Por Dios! — exclamó D'Artagnan —. ¿De qué otro habláis?... ¿Cuál es ese secreto que decís?

Constancia fué a hablar, pero su voz se apagó en un gemido. Su semblante tan bello, se hallaba trastornado, sus ojos vidriosos no tenían ya vista: un temblor convulsivo agitaba su cuerpo, y un sudor frío como la muerte corría por su frente. Haciendo un supremo esfuerzo, aun pudo coger la cabeza del joven entre sus manos, lo miró un momento como si toda su alma se hubiera pasado a su mirada, y escapándose un grito de sus labios, los juntó con los de D'Artagnan.

— ¡Constancia!..... ¡Constancia!..... — exclamó el enamorado.

Un suspiro se escapó de la boca de la joven, que pasó

rozando la de D'Artagnan; este suspiro era que aquella alma tan casta y tan amante subía al cielo. D'Artagnan no estrechaba ya entre sus brazos más que un cuerpo ya cadáver. El joven exhaló un grito y cayó junto al cadáver de su amada, tan pálido y tan helado como ella. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas y por primera vez en la vida los ojos de D'Artagnan, aquellos ojos que jamás se habían humedecido por las lágrimas del dolor ni del dolor supieron de la amargura del llanto.

Las religiosas, compadecidas de él, se acercaron, tratando de consolarlo, y la superiora le dijo cariñosamente:

—Hay que ser fuerte con la voluntad de Dios y acatar sus mandatos con resignación.

—No es Dios quien me la quita — respondió D'Artagnan, por cuyo corazón pasó en aquellos momentos todo el odio que sentía hacia la persona causante de aquella muerte —. Es un hombre, un hombre que pretende ser un Ministro y que es el verdugo de Francia.

—Calma, calma, hijo mío — volvió a decirle la superiora, a la vez que hacía una seña a las demás religiosas para que trajesen los cirios con que alumbrar el cadáver de la inocente joven.

Cuando las monjas bajaron para cumplir la orden de la superiora, en la puerta del convento se había parado una carroza, y de ella salió el Cardenal, que preguntó a una de las beatas:

—¿Han traído aquí a una joven?

—Sí, Monseñor — respondió ella —. Pero poco des-

pués aparecieron cuatro hombres que entraron a viva fuerza en el convento.

—¡Siempre esos malditos Mosqueteros! — exclamó el Cardenal.

Y volviéndose a sus guardias, les ordenó:

—¡Perseguid a esos hombres... y qué nunca más vuelva a oír hablar de ellos, ¿me entendéis?

Salieron los guardias en persecución de los Mosqueteros, siguiendo el camino que les indicaba la monja y el Cardenal quedó solamente con algunos soldados. Se acercó otra vez a la monja y le preguntó con cierto temor:

—¿Ha hablado la joven antes de morir?

—Con nadie, Monseñor, pues cuando entramos, ya se habían llevado a la otra mujer que la acompañaba y que la ha asesinado.

D'Artagnan, ajeno a lo que pasaba abajo, seguía con la cabeza inclinada sobre el quicio de la ventana, sin poder contener el dolor tan inmenso que le había producido la muerte de su amada. De pronto, un griterío inmenso llamó su atención e hizo que mirase hacia abajo.

—¡Richelieu!... ¡El miserable! — exclamó.

Y tomando su espada, salió para vengar en aquel hombre la vida que su amada había perdido. Mas al llegar adonde él estaba, encontró a los guardias del Cardenal luchando contra los esbirros del conde de Rochefort.

D'Artagnan se puso inmediatamente al lado de los que defendían al Cardenal, hasta que logró abrirse paso y subir al coche. De un empujón arrojó fuera del pescante al cochero, y fustigando los caballos emprendió una vertigi-

nosa carrera, llevando consigo al Cardenal. Cuando se vió fuera de los guardias de éste, detuvo el carruaje y abrió la portezuela del coche. Richelieu comprendió al momento que no había sido salvado de aquellos bandidos por D'Artagnan solamente por el deseo de librarlo, sino que algo peor le aguardaba en poder de aquel hombre. En efecto, el joven Mosquetero sacó su espada y colocándola sobre el pecho de Richelieu, le dijo:

—¡Si os he salvado, Monseñor, es porque vuestra vida me pertenece... a cambio de la de Constanacia!

El Cardenal, sin perder su sangre fría, miró hacia lo alto de un monte cercano y le respondió, a la vez que señalaba el cuadro que ofrecían los tres compañeros de D'Artagnan, que habían sido presos por los guardias del Cardenal, y que iban a ser fusilados:

—¿Qué preferís: la vida de esos hombres o la mía?

Volvió D'Artagnan la cara, y al ver la situación en que se encontraban sus amigos, olvidó su odio y su dolor, para no pensar en otra cosa que en defenderlos. Corrió hacia donde ellos estaban y, colocándose entre los mosqueteros de los guardias y los mosqueteros, gritó:

—¡Alto!... ¡El Cardenal ha perdonado a estos hombres!

Inmediatamente detrás llegó Richelieu y confirmó las palabras de D'Artagnan, diciendo:

—Todas mis decisiones son tomadas por el bien del Estado... ¡Los que son un obstáculo a su decisión deben morir!

D'Artagnan creyó que el ofrecimiento del Cardenal de salvarles la vida había sido una de sus muchas estratagemas, mas pronto volvió a recobrar la calma cuando le oyó decir:

—Os perdono la vida, porque mantengo siempre mi palabra... ¡Pero os separaré... sin importarme vuestra amistad! ¡Vais a alejaros unos de otros... para no veros nunca más... bajo pena de muerte!... ¡Athos, Porthos, Aramis, regresad a vuestras tierras!

Los cuatro Mosqueteros se estrecharon las manos fuertemente, como dando a entender que, aun a pesar de aquella separación, siempre seguirían unidos, y el Cardenal continuó su sentencia, diciendo:

—Por lo que a vos respecta, D'Artagnan, necesito vuestro corazón sin miedo y vuestra espada orgullosa para el servicio de nuestra Ley. Quedáis nombrado teniente de Mosqueteros.

LA SEPARACIÓN

Al día siguiente, los cuatro amigos, después de una noche de desvelo, en la que ninguno se atrevía a hablar para no expresar la tristeza que embargaba sus corazones, salieron a las afueras de la capital. La orden del Cardenal había de ser cumplida y cada uno tenía que tomar un camino distinto que, tal vez, lo alejase para siempre de los otros amigos queridos.

Porthos fué el primero en despedirse y, estrechando la mano de sus compañeros, exclamó:

—El Cardenal separa nuestros cuerpos, pero jamás podrá separar nuestros corazones. Si alguna vez alguno de nosotros necesita de la ayuda de los demás, acordémonos que al grito de ¡HO-LA! tenemos que acudir.

—¡Lo juramos!—exclamaron solemnemente los demás.

—Vos, D'Artagnan, quedáis al servicio del Rey; procurad que vuestro nombre resplandezca como hasta aquí, y si en alguna ocasión necesitáis de nuestra ayuda, enviadnos a un mensajero. La contraseña será ¡HO-LA!

Momentos después, aquellos hombres para quienes la amistad era el primer sentimiento del mundo, se despidieron con lágrimas en los ojos. D'Artagnan los vió alejarse y suspiró:

—Ya estoy solo, completamente solo con mi destino;

pero no importa. Cumpliré los deseos de Porthos y sabré hacerme digno de la charretera que me han ofrecido.

Pasaron cuatro años y en el Palacio de Saint-Germain, el Delfín de Francia empezaba a presentarse ante la Corte, mientras que en España, su hermano gemelo, mostraba ya, en contraste con el otro, las espigas de un carácter discolo y despótico.

Rochefort, a pesar de los fracasos sufridos, no había abandonado sus planes ambiciosos y ahora, después de cuatro años de espera, creía tener el éxito al alcance de sus manos. Para ello buscó la ocasión de introducirse en el convento donde estaba recluso el gemelo del Delfín y, aprovechando un descuido de sus guardianes, se apoderó de él para tener un arma poderosa que esgrimir cuando llegara el caso. El parecido de los dos hermanos era tal, que difícilmente nadie que no estuviera en el secreto hubiera podido diferenciar al uno del otro.

La desaparición del niño produjo en el ánimo del Cardenal la consiguiente alarma, pero sus fuerzas se debilitaban cada día más y la muerte se aproximaba a pasos agigantados. D'Artagnan, convertido ya en capitán de Mosqueteros, había ganado por completo la confianza del Cardenal y el cariño del príncipe heredero, que no se separaba un momento de su lado.

Un día se temió en serio por la vida del Cardenal: habían llegado sus últimos momentos, y antes de morir, llamó al príncipe y a D'Artagnan, a quien le dijo:

—Mis últimas recomendaciones son para vos, D'Artagnan... El Rey no sobrevivirá mucho tiempo y este príncipe

tendrá que hacer frente a peligros mucho más graves de los que vos suponéis...

Tomó una cadena de la que pendía una medalla, a la cual le faltaba un trozo, y se la colocó al príncipe. Después hizo otro tanto con el otro trozo, colocándosela a D'Artagnan, y volvió a decirle:

—Por el bien del Estado y la gloria de Francia, la vida de vuestro príncipe debe ir unida a la vuestra... como este trozo de medalla... al otro.

La fatiga que le habían producido estas palabras le obligaron a descansar un poco. Su semblante iba adquiriendo la palidez de la muerte y nuevamente intentó hablar para confiarle a D'Artagnan el secreto del nacimiento del otro. Mas sus fuerzas fueron tan escasas, que solamente pudo decir:

—El... otro...

Por segunda vez sonaba en los oídos de D'Artagnan aquella misteriosa palabra del "otro", que tampoco Constanza pudo descifrar. ¿Qué misterio encerraría aquella palabra que todos pronunciaban en el momento de morir?

Pero el estado del Cardenal detuvo su curiosidad y todos corrieron a auxiliarle. Fué inútil. El gran Cardenal cuyo genio había despertado a Francia del letargo en que se hallaba sumida, murió segundos después, dejando tras de sí una estela que difícilmente podría ser borrada de la Historia de Francia.

A partir de aquel momento, D'Artagnan se constituyó en defensor de la vida del príncipe, y éste, cada día más encerrado con él, no adoptaba ninguna resolución sin antes haberse consultado. Pronto se dieron cuenta los cortesanos

de que D'Artagnan era en Palacio el hombre insustituible. Las preferencias del Rey y el cariño del príncipe habían hecho de él uno de los cortesanos, quizá el primero, más más estimados de la corte.

El fué el maestro de armas del joven heredero y bajo su dirección no tardó el Delfín en ser una espada temible. Con tal maestro no era extraño tal discípulo.

A medida que pasaba el tiempo, el príncipe heredero se hacía más querido de sus cortesanos. Su bondad, la dulzura de su carácter y su justicia hacían prever en lo futuro a un rey bondadoso y amado de todos.

No sucedía lo mismo con su hermano. La acritud de su carácter se manifestaba cada día con más vehemencia y cuantos se hallaban a su alrededor tenían que sufrir los malos tratos del que casi era un niño. El conde Rochefort iba entre tanto engendrando en el corazón del segundo hijo de Luix XIII un odio a muerte contra su hermano. Diariamente le hablaba del trono usurpado, de aquel hermano que disfrutaba de todos los placeres del trono mientras él se veía privado del cariño materno. Y en este ambiente de odios y rencores fué formándose el hermano gemelo del futuro Rey de Francia.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Durante este intervalo de tiempo nada anormal había ocurrido en la historia de Francia que sea digno de mencionarse. Unicamente la muerte del Rey Luis XIII, el cual había dejado el trono vacante para que subiera a él el Delfín, Luis XIV, al sentarse en el sillón del trono, no cambió en nada su carácter, siguió siendo el Rey querido por todos y amado principalmente por D'Artagnan.

Claro espejo de nobleza y lealtad, D'Artagnan no se había separado jamás del Rey y seguía siendo para él su preceptor, su consejero y su mejor amigo. Gustaba el joven Rey de batirse con D'Artagnan y una de las veces, en las que, como siempre, salió vencido por la espada del capitán de Mosqueteros, le preguntó, admirando su destreza:

—Dime, D'Artagnan: ¿nunca fueron vencidos los cuatro Mosqueteros?

—Tan sólo una vez, señor—respondió D'Artagnan.

—Será interesante saber cómo — exclamó el Rey —. Cuéntamelo.

D'Artagnan calló un momento, reconcentrando todo su pensamiento, y, al fin, exclamó:

—Estaban mis tres amigos en una taberna saboreando una botella del rico vino de España, cuando Porthos sintió deseos de entrar en amistad con la hija de la dueña, una

moza guapa y aguerrida que opuso tenaz resistencia a los deseos de mi amigo de darle un beso. A los gritos de la joven salieron sus hermanas y su madre y empezaron a silletazos contra los tres amigos. Ellos procuraban defenderse lo mejor posible, mas pronto llegaron en auxilio de aquellas mujeres otras del barrio y la lucha ya empezó a ser desigual. Cada uno de mis compañeros procuraba esquivar los golpes de aquellas fieras, que no cesaban en sus gritos. En vista del mal cariz que tomaba la cosa, corrieron a la calle, buscando en la huida la salvación. Al pasar por la calle donde vivía la joven más bella de Francia, Constanza Benacieux, me hallaba yo hablando con ella, cuando sentí nuestro grito de combate. Como ya comprenderá Su Majestad, corrí hacia mis compañeros y les pregunté qué es lo que ocurría.

—¡Vienen tras de nosotros todas las furias del Averno!—me contestó el bello Aramis.

Yo, sin inmutarme, saqué mi espada para hacer frente a los enemigos; pero cuando me di cuenta de que eran mujeres me consideré tan perdido como los demás compañeros. Huí con ellos, y gracias a un riachuelo, sucio y maloliente, que encontramos en nuestro camino, pudimos salvarnos, no sin que lleváramos por eso nuestro buen remoión, pues Athos, que se había brindado a pasarnos, cargó con los tres y cayó en medio de aquel agua, que no era precisamente perfumada.

El Rey reía a carcajada oyendo el relato que acabamos de referir y D'Artagnan terminó diciendo:

—Ya veis, señor, cómo también los cuatro Mosqueteros

fueron vencidos una vez, y vencidos por mujeres, que es el enemigo mayor de los hombres.

El rostro de D'Artagnan mientras hacía el anterior relato había adquirido el brillo de su pasada juventud y sus mismas palabras iban enardecidiéndole, como en aquellos otros tiempos en que, en unión de sus tres compañeros, constituían las cuatro espadas más temibles de Francia.

El Rey también se entusiasmaba con aquel relato y hubiérale pedido más explicaciones si uno de sus servidores no hubiera entrado a anunciarle que había llegado la hora de la audiencia.

Y en esta pura amistad, la vida de D'Artagnan transcurría tranquila, tanto como la vida del Estado, no alterada por ningún acontecimiento extraordinario. Parecía que la sombra de toda inquietud había desaparecido del trono de Francia y, sin embargo, en una mansión cercana, el hermano gemelo del Rey, protegido por Rochefort, esperaba el momento de la "gran jugada".

Servíale de poderoso auxilio suyo en esta indigna empresa el camarero mayor de palacio, que desde hacía tiempo conspiraba en secreto contra el Rey, a las órdenes de Rochefort. Mas, a pesar de los razonamientos de prudencia, el hermano de Luis XIV empezaba a impacientarse de tan larga espera y una mañana le dijo al Conde:

—¿Sabes lo que estoy pensando, Rochefort?

—No puedo adivinar vuestro pensamiento — contestó con fingida humildad el Conde.

—Pues que ya hace demasiado tiempo que estamos esperando esa ocasión que tú dices. Mi paciencia se acaba y

quiero que cuanto antes demos por terminado este asunto que ha de ponerme en posesión de la Corona de Francia.

—Tened un poco de calma, señor—respondió el Conde—. Hoy espero al mayordomo de palacio, el cual nos facilitará los planos del mismo para poder entrar en él sin ser vistos por nadie. Hay que tener presente que la villa de vuestro hermano está guardada por la mejor guarnición de Francia.

—Sí, ya sé—contestó despectivamente el hermano gemelo—. Habláis de ese D'Artagnan, que, a juzgar por vuestras palabras, debe ser la misma encarnación de Satanás.

—No lo dudéis, señor—exclamó—. D'Artagnan es un hombre temible y valeroso, que jamás retrocede ante ningún peligro, por grande que sea.

Fuó a contestar el que pretendía usurpar el trono de Francia, mas en aquel instante un criado anunció la llegada del mayordomo de palacio y el Conde le hizo pasar inmediatamente. Cuando estuvo en su presencia, le preguntó ansiosamente:

—¿Traes lo que te dije?

—Aquí están los planos de los pasajes secretos de palacio—respondió el mayordomo, entregando al Conde el rollo de papel, que tanto él como el hermano del Rey estudiaron minuciosamente.

Después del examen, el Conde no pudo disimular su alegría y exclamó:

—Podéis consideraros ya como Rey de Francia. Antes del alba, D'Artagnan estará muerto y el Rey prisionero en la isla de Santa Margarita.

LA USURPACIÓN

Nada anormal se observó en palacio aquella noche cuando Luis XIV se retiró a sus habitaciones a descansar. D'Artagnan, después de desearle al Monarca una feliz noche, se encaminó hacia su casa; pero, al llegar al recodo de una calle, cerca del Sena, vió que varios hombres le seguían y esperó apostado detrás de una esquina. Uno de sus perseguidores se adelantó con un puñal desenvainado y D'Artagnan, sin darle tiempo a proferir un grito, cayó sobre él, dándole un golpe mortal. Hecho esto, lo tapó con su misma capa y de un salto soberbio subió a un pequeño terrado de una cista que había allí. Los compañeros del esbirro aparecieron momentos después y, sin detenerse a examinar al cadáver y guiados tan solamente por la capa que lo cubría, creyeron a fe ciega que se trataba de D'Artagnan y lo arrojaron al río.

Entre tanto, en palacio ocurrían hechos de mayor trascendencia. Guiados por el plano facilitado por el mayordomo, el conde de Rochefort, su protegido y un buen puñado de hombres a sus órdenes, entraban por los misteriosos pasillos subterráneos de palacio, sin que su presencia fuera advertida por nadie. Fácilmente llegaron a las habitaciones reales, donde los esperaba el camarero, quien les facilitó la entrada.

El Rey duerme ahora tranquilamente—les dijo—. La ocasión es propicia para dar el golpe.

—Apoderaos de él y cuidad que no tenga tiempo de lanzar el menor grito—exclamó el Conde, dirigiéndose a los hombres que le acompañaban.

Estos sacaron un gran lienzo del que iban provistos y, antes de que Luis XIV se pudiese dar cuenta de lo que ocurría, se vió envuelto en aquel manto y conducido a los fosos de palacio. Una vez allí, el Rey, sin perder la serenidad ni el valor, tan característicos en él, preguntó al conde Rochefort:

—¿Para qué me habéis traído aquí? ¡Responded inmediatamente!

El Conde lanzó una irónica carcajada y, señalando a su hermano, que hablaba con uno de los hombres que le habían ayudado en el rapto, le dijo:

—Desde este instante has dejado de ser Rey, Luis XIV. Tienes ante ti a tu hermano menor... tu hermano odiado y despreciado... al que sufría en la oscuridad mientras tú triunfabas en la luz esplendorosa de la Corte... Hora es ya de que él también goce de esa felicidad que jamás le fué conocida.

—Es decir, ¿que quieres mi muerte?—preguntó, sin alterarse, el Rey.

—Nada de eso—respondió el Conde—. Con tu muerte nada conseguiría. Además, mientras vivas yo tendré en mis manos un arma poderosa contra tu hermano.

—¡Miserable!—exclamó indignado el Rey—. ¡Aun eres más vil de lo que yo podía suponerme! No ayudas a

ese que dices ser mi hermano por cariño, sino por ambición.

El Conde no prestó oídos a las palabras del Rey, sino que acercóse a sus hombres y les ordenó:

—Quitadles sus ropas y cambiadlas por las del hermano.

—Señor, vuestra orden está cumplida y D'Artagnan está a estas horas haciendo compañía a los demonios. Nosotros mismos lo hemos arrojado al Sena.

—¡Que los infiernos lo hayan acogido como se merece! — exclamó el Conde.

El cambio de ropa entre los dos hermanos había terminado y el Conde examinó satisfecho el parecido tan raro que tenían los dos hermanos. Nadie hubiera podido sospechar la usurpación de la persona de Luis XIV y Rochefort sonrió satisfecho. Luis XIV comprendió lo que significaba aquella sonrisa y exclamó:

—¡Locos! ¡Vaya donde vaya, aunque sea al último rincón de Francia, me reconocerán!

Pero aquella esperanza duró poco tiempo en el corazón del joven Rey, porque su hermano se acercó a él y le dijo:

—¡No será así!... Ya hemos hecho lo necesario para que eso no suceda!

Y al decir esto tomó de uno de sus servidores una horrible máscara de hierro que abarcaba por completo la cabeza del Rey. Ayudado por sus hombres, se la colocó a Luis XIV y el resto de aquél tomó una expresión horrible. Desde entonces, el aire no acariciaría más las facciones tan

bellas del joven. Su cabeza entonces quedaba prisionera en aquel infernal artefacto, que por medio de un botón misterioso se cerraba herméticamente, dejando únicamente una abertura para ver y otra para poder respirar. Si Luis XIV se hubiera visto de aquel modo, si hubiera podido contemplarse, de seguro que habría perdido toda su serenidad al ver el monstruo en que lo había convertido su hermano. Afortunadamente no sucedió así el conde de Rochefort dió orden a sus servidores para que lo condujeran a la isla de Santa Margarita, mientras que le conducía al usurpador.

—Señor, entrad de nuevo en palacio y acostaros en la cámara regia para que nadie sospeche mañana el cambio.

Cumplió el hermano de Luis XIV la orden de su protector y, momentos después, ayudado por el antiguo mayordomo del Rey, se hallaba durmiendo en su misma cama, si bien la conciencia empezaba ya a acusarle del crimen que había cometido.

D'Artagnan, aquella noche, al llegar a su casa, no pudo ocultar mucho tiempo su inquietud y le dijo a su criado, que seguía fiel a sus órdenes:

—Planchet, me parece que nos esperan nuevas aventuras.

—¡El Señor nos coja confesados!—respondió el criado elevando las manos al cielo—. ¡Con lo bien que lo pasamos ahora! ¿Pensáis acaso volver a las andadas, señor?

—Pienso—respondió D'Artagnan—que esta noche ha debido ocurrir algo interesante en palacio. Mañana a primera hora iré a ver lo sucedido.

Pero al día siguiente, el mismo D'Artagnan, como todos

los demás cortesanos, vieron al Rey y el temor que tuvo la noche anterior quedó disipado. No obstante, el capitán de Mosqueteros se atrevió a preguntarle:

—Señor, ¿no habéis notado nada anormal anoche?

He pasado la noche durmiendo deliciosamente y no me he dado cuenta de nada—respondió con fingida tranquilidad el usurpador—. ¿A qué se debe tu pregunta?

—Solamente al deseo de saber si vuestra Majestad había pasado buena noche—contestó D'Artagnan, no sin sospechar que por primera vez en la vida el Rey le engañaba. No obstante, se abstuvo de hacer nuevas preguntas y salió de la cámara a una señal del Rey, que, al quedar solo con el conde Rochefort, le dijo:

—¿Conocéis quién es este hombre?

—Desgraciadamente. Debe ser el mismo diablo, pues nuestros hombres lo dieron anoche por muerto y ya veis cómo ha debido salir de los mismos infiernos para molestarnos nuevamente con su presencia.

—¿Lo creéis tan peligroso?—volvió a preguntar el Rey.

—Es el único hombre en cuya presencia siento helarse la sangre en mis venas. Será preciso que nos desembaracemos de él, sea como fuere.

—No será difícil—respondió el usurpador—. Soy el Rey y mis órdenes deben ser cumplidas sin discusión alguna. Mientras haya verdugos, no es tan difícil matar a un hombre.

—Mas pensad que la corte se extrañaría de vuestra orden—exclamó el Conde—. Todos conocen el cariño que el "otro" sentía por él y una determinación así podría dar

lugar a la sospecha. Obremos con prudencia, que su temeridad no tardará en ofrecer una ocasión en que sea justificada su sentencia.

Pero D'Artagnan, después de aquella entrevista, y en vista del modo con que le había hablado el Rey, su amor hacia el Monarca se resintió de su frialdad y buyó de palacio, durante varios días, sin que ninguno de los cortesanos supiera dar explicación a la casi repentina desaparición del capitán de Mosqueteros. No obstante, debido al favor que el Rey le dispensaba, creyeron que aquél estaría desempeñando alguna misión secreta del Monarca y no se atrevieron a preguntar nada de él.

LA ISLA DE SANTA MARGARITA

Entre los encantos de la costa mediterránea, y próxima a la costa septentrional de la mayor de las islas Lerinas, se elevaba, silenciosa y triste, la vieja fortaleza de Richelieu, restaurada cuidadosamente. Debajo de cada baluarte había una vasta sala abovedada, rodeada por diez covachas, también abovedadas, de siete u ocho pies de largo y provista de una gruesa anilla empotrada en el muro. En la bóveda había una estrecha abertura, cerrada por una reja de hierro, que servían para bajar el alimento destinado a las desgraciadas víctimas encadenadas en las maxmorras practicadas en la sala. Allí era donde el cruel tirano había conducido a su hermano, provisto de la horrible máscara de hierro, para que nadie pudiese ver su rostro. Lentas y tristes, dormidas al arrullo del mar, pasaban las horas para el pobre prisionero, sin que viese el medio de poder salir de ella. Pasábase todo el día en la ventana que daba al mar, y sus ojos no cesaban de inspeccionar el horizonte esperando de un momento a otro la llegada de algún socorro que pudiera aliviar su prisión.

Mas los días y las semanas transcurrían con la lentitud de la resesperación, mientras que en palacio el usurpador seguía triunfando, sin que su crimen fuera descubierto por nadie. El corazón del joven prisionero, no obstante, no deca-

mayaba: tenía fe en su destino y confianza en el valor de un hombre que no le abandonaría: D'Artagnan. Estaba seguro de que éste descubriría la usurpación y de que correría a salvarlo.

Una tarde, al pie de la ventana de su celda, se hallaba la barca de un viejo pescador. Nadie hasta entonces se había atrevido a llegar hasta allí; pero tal vez, inducido por la abundancia de la pesca, el marinero se aventuró a acercarse a la fortaleza y el Rey aprovechó aquella ocasión para poderse comunicar con el mundo que había abandonado. Sirviéndose del plato en que le daban la comida, dibujó el trozo de medalla que siempre pendía de su cuello y escribió lo siguiente:

"Llevad esto a D'Artagnan, capitán de los Mosqueteros del Rey, y recibiréis una recompensa."

Arrojó el plato al agua, que fué a caer cerca de donde estaba el pescador, quien, al leer su contenido, se apresuró a cumplir la orden que se le daba. Al día siguiente, hallábase D'Artagnan en su casa cuando Planchet entró a decirle:

— Señor, ahí fuera está un hombre que quiere hablaros. Dice que solamente a vos puede dar cuenta de su misión.

A una indicación de D'Artagnan, entró el pescador y le entregó el plato, diciéndole:

— Señor, mientras pescaba ayer al pie de la fortaleza de la isla de Santa Margarita me arrojaron este plato. Ved lo que dice.

D'Artagnan, apenas hubo leído la nota y comprobado que el trozo señalado de la medalla en el plato coincidía

perfectamente con el que él tenía, no dudó de que se trataba de un mensaje del hijo de Luis XIII y le preguntó al pescador:

—¿Podéis decirme las señas de quien os entregó esto?

—No me es posible—respondió el viejo marino—. La ventana estaba tan alta y, además, el prisionero cubría su cara con una máscara que hacía imposible distinguir sus facciones.

—¿Has hablado con alguien antes de conmigo?—le preguntó nuevamente el capitán de Mosqueteros.

—Con nadie, señor. La orden era de que os lo entregara a vos y he cumplido exactamente el encargo—respondió el pescador.

—Planchet — llamó D'Artagnan a su criado—. Este hombre se quedará aquí hasta que yo ordene lo contrario. Procura que nada le falte y que tampoco hable con nadie.

—Señor, yo no he cometido ningún delito—suplicó el pescador, creyendo que le iba a ocurrir algo malo—. Le juro que si hubiera sabido que podía enfadaros no hubiera cumplido la orden.

—No temas nada—respondió D'Artagnan—. Aquí estarás mucho mejor que en tu casa y pronto recobrarás la libertad. Tu detención es solamente para que no puedas hablar con nadie de lo que has visto hasta que a mí me convenga. Después recibirás una gran recompensa y la libertad de que ahora te privo.

Aquellas palabras dejaron algo más tranquilo al pobre hombre y D'Artagnan, tomando su espada, se dirigió

inmediatamente a palacio, para averiguar cuál era el misterio que encerraba aquel envío.

El falso Luis XIV recibía en aquel momento a todos los cortesanos en audiencia y D'Artagnan, procurando pasar desapercibido a los ojos de todos, fué a colocarse detrás de las cortinas del trono, sin que nadie lo advirtiera. Mientras escuchaba las palabras sin interés que los cortesanos dirigían al Rey entró un criado y entregó al conde Rochefort un envoltorio, que aquél tomó rápidamente. Se acercó adonde estaba el Rey y le dijo, procurando no ser oído de nadie.

Han traído eso del castillo de la isla de Santa Margarita —y le entregó el trozo de medalla que faltaba a la que llevaba D'Artagnan—. Es preciso que os lo pongáis, señor. El "otro" lo llevaba siempre.

Otra vez volvía a oír D'Artagnan el nombre del "otro" y nuevamente empezó a germinar en su mente la idea de lo que podría significar aquella palabra.

Imaginativamente, reconstituyó la escena en que murió su amada Constanza. El secreto por el que había sido encerrada, la muerte del Cardenal en el momento de pronunciar aquella palabra y ya no tuvo duda de que el "otro" sería un hermano del verdadero Rey de Francia. Sus conjeturas lo llevaron a pensar de que el que actualmente ocupaba el trono de Francia era sencillamente un usurpador. Mas poco le importaba; allí estaba él para desenmascararlo y volver a su lugar al hijo de Luis XIII, por quien había jurado velar.

Al darse cuenta de que la audiencia había terminado, salió de su escondite; mas tuvo la mala suerte de que lo vieran los esbirros del usurpador, quienes salieron en su persecución. Corriendo de un salón a otro del palacio, D'Artagnan pudo, al fin, librarse de la persecución de que era objeto; pero en su huida no se dió cuenta de que le había caído el plato enviado por Luis XIV, el cual fué recogido momentos después por el propio conde Rochefort.

D'Artagnan, tan pronto como se vió fuera de palacio, corrió a su casa y le dijo a Planchet:

—Prepárame el caballo y tú ve a avisar a los únicos tres hombres que son capaces de perder la vida por mí. Diles que los espero en la isla de Santa Margarita.

Cumplió Planchet la orden y D'Artagnan, dirigiéndose al pescador, que esperaba su vuelta, le dijo:

—¿Podéis llevarme al castillo de la isla de Santa Margarita?

—A ojos cerrados, señor—respondió el pobre hombre, que no las tenía todas consigo.

—Pues entonces acompáñame — le ordenó D'Artagnan—. Si consigues hacerme entrar sin que nadie nos vea te seguro que has hecho la suerte para toda tu vida.

Aquellas palabras eran cada vez más enigmáticas para el pescador; pero como no tenía más remedio que cumplir lo que se le ordenaba, acompañó al capitán de Mosqueteros hacia el lugar que deseaba.

Cuando llegaron cerca del castillo, el pescador le dijo:

—Para poder llegar bajo la ventana desde donde me tiraron el plato, será preciso que utilicemos una barca. Si queréis, puedo ir por la mía.

—Ves—respondió D'Arctagnan—; pero te prevengo que si dentro de cinco minutos no estás aquí de vuelta, tu cabeza me responde de ti.

—Descuidad, señor—exclamó el marino.

Y partió en busca de la lancha para estar en el punto donde lo esperaba el caballero antes del plazo indicado.

MADRE E HIJO

Desde el día en que el hermano menor de Luis XIV encarceló a su hermano, la reina no había podido volver a ver a su hijo. Cuantas veces solicitó verlo, otras tantas le fué negada esta satisfacción. Por fin, un día, sin permiso previo, se introdujo en la cámara real y sorprendió a su hijo. El corazón de madre es difícil de engañar y la pobre mujer, apenas lo vió, adivinó que aquél era el otro gemelo, que casi a la viva fuerza había arrancado de sus brazos el cardenal Richelieu. Sin poder contener el primer impulso de alegría, corrió a estrecharlo entre sus brazos, exclamand:

—¡Mi otro hijo!

El falso Luis XIV quedó sorprendido al ver a su madre, pero ni uno de sus músculos se estremeció en presencia de la que le había dado el ser. La reina, ante aquella impasibilidad, preguntó alarmada:

—¿Dónde está el Rey?

—El Rey soy yo—respondió enérgicamente su hijo—. ¡Ay de aquel que se atreva a decir lo contrario!

La pobre mujer comprendió que algo tremendo había ocurrido entre los dos hermanos y volvió a preguntar:

—¿Dónde está tu hermano?

—Donde nunca más le veréis — respondió el usurpa-

dor—. Mi hermano ha disfrutado desde la niñez de los placeres que a mí me fueron privados: hara es ya de que yo los disfrute y que él sufra las mismas torturas que yo.

—Pero él no sabía nada—respondió la Reina, saliendo en defensa de su otro hijo—. De haberlo sabido, él mismo os hubiera abierto los brazos.

El hermano gemelo lanzó una irónica carcajada y exclamó:

—Por eso he querido yo anticiparme a sus deseos y le he abierto... las puertas de una prisión de donde no se sale nunca.

—Toda mi vida he rogado a Dios por que me fuese devuelto, hijo mío—exclamó la Reina, confundida por la perversidad de aquel ser—: pero no de este modo. Piensa en el castigo de Dios, en el de los hombre si llegan a saber tu crimen... No puedes continuar ciñendo sobre tu frente la corona de Francia.

—No olvidés, señora—exclamó el otro—, que soy el Rey de Francia y que mis órdenes se cumplen sin discusión; por lo tanto, os ruego que os retiréis a vuestras habitaciones.

En aquel instante entró el conde Rochefort para hacerle entrega del plato que había encontrado y el Rey, dirigiéndose a él, le dijo:

—Mi madre debe volver a sus habitaciones... Y que no salga de ellas hasta que yo lo ordene.

El conde Rochefort hizo una ligera inclinación de cabeza ante la Reina, como indicándole que lo siguiera, y Ana de Austria, sin perder la altivez de su continente, salió de la habitación de su hijo, sin dignarse dirigirle una mi-

rada. Desde aquel instante sabía ya a qué atenerse respecto a los sentimientos del gemelo y solamente, al verse sola en su cuarto, lloró amargamente por la suerte de su otro hijo, del legítimo heredero de la Corona, que tal vez en aquellos momentos sufría los más crueles tormentos.

El usurpador, sin cuidarse del dolor causado a aquella mujer, de quien llevaba su sangre, esperó la vuelta del Conde y le preguntó:

—¿La habéis dejado vigilada en sus habitaciones?

—Está bajo la custodia de hombres de mi más entera confianza—respondió el Conde.

—Temo que su reconocimiento pueda traernos alguna desgracia—exclamó el falso Rey.

—Eso mismo pienso yo—contestó Rochefort—. Casi me atrevería a indicarle a Su Majestad la conveniencia de alejarla “definitivamente” de palacio.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo del hijo de Ana de Austria al oír de boca de Rochefort “definitivamente”. El era capaz de todos los crímenes, pero su corazón no había llegado todavía a la perversión de asesinar a su madre. Se alejó pensativo del lado del Conde, mas éste volvió a acercarse y, enseñándole el plato hallado en una habitación, le dijo:

—Señor, nuestros adversarios no dejan de trabajar en la sombra. Hoy mismo he adquirido una prueba palpable de ello.

—¿Qué decís?—preguntó el Rey, volviéndose rápidamente.

El Conde le entregó el plato y dijo:

—Ved lo que ha perdido ese demonio de D'Artagnan. Sin duda, sabe dónde está vuestro hermano y pretende libertarlo.

—Será inútil cuanto haga. No tiene ninguna prueba y su acusación no serviría más que para arrojarlo en brazos del verdugo—respondió el que ocupaba el trono de Francia.

—No obstante, pedirá el testimonio de la Reina y esto puede ser un grave inconveniente. Ya os he aconsejado que lo mejor será alejarla "definitivamente"—siguió diciendo Rochefort.

—Dejadme solo—exclamó el Rey, que quería sustraerse a la influencia de aquel hombre—. Dad las órdenes para que mi hermano sea custodiado estrechamente y que se mate al primer hombre que intente acercarse a la isla de Santa Margarita sin una previa autorización regia.

El conde de Rochefort salió de la cámara real con el convencimiento de que el Rey no tardaría en cumplir lo que le había dicho. En el corazón de aquel ser, falto de todo valor, existía, por el contrario, un miedo horroroso. Estaba seguro de que ante el peligro de ser descubierto, no dudaría en sacrificar a su propia madre, con tal de salvar su vida.

En la antecámara lo esperaba uno de sus hombres y el Conde le dijo:

—Preparad todo lo necesario. Hay que ir inmediatamente a las islas de Santa Margarita. Quiero acabar de una vez para siempre este asunto y lo mejor es suprimir al prisionero, antes que pueda hablar.

—¿Teméis que se haya descubierto su encierro, señor—le preguntó su esbirro.

—Estoy seguro de que ese maldito D'Artagnan ha descubierto toda la verdad y que en estos momentos corre en auxilio del Rey.

—Será inútil—respondió el otro—. El gobernador de la isla y de la fortaleza es hombre de toda confianza y no permitirá que nadie hable con el hombre de la máscara de hierro. Podéis estar tranquilo sobre este particular.

—No obstante, preparad todo lo necesario para que vayamos inmediatamente allí. Nos acompañarán treinta hombres.

Salió el cómplice del Conde y éste, al quedarse solo, crispó su mano sobre el puño de su puñal, a la vez que exclamaba:

—¡D'Artagnan, me parece que tu último momento se acerca!... ¡Has logrado hasta ahora salir vencedor en cuantas aventuras has tomado parte, pero yo te juro que si caes en mis manos, ésta será tu última aventura.



- Vou a alguns uns de elles... e ate os outros nunca mais



- Mis ultimas recomendaciones son para sus D'Artagnan



— Dime D'Artagnan, ¿cómo llama a mi hijo el conde de Noqueterre ?



— ¿Es decir que quieres ser mierto ?



- Montpel, avec l'homme se préparant à mourir



- (H.G. + L.A.) grève de l'Arrière



— ¿Mi querido D'Armaghan? Soy un Rey

LOS AMIGOS D'ARTAGNAN

Con la precipitación que el caso requería, Planchet se encaminó en busca de los amigos de su señor. Al primero que encontró fué a Athos, a quien le dijo:

—Mi señor me envía a buscaros para que corráis en su auxilio. Está en la isla de Santa Margarita y, según creo, vuestra ayuda y la del señor Aramis y Porthos le es muy necesaria.

—*HÓ-LA*—gritó Athos, acordándose del antiguo grito de combate—. Dentro de poco estaremos allí. Mientras tanto, tú ves a avisar a los otros dos para que nos reunamos en el mismo sitio.

Fué a salir el criado y Athos lo detuvo, diciéndole:

—Vuelve tú a París, por si te necesitan; mi criado se encargará de avisar a los demás.

Bebió Planchet un buen trago de vino y con el estómago caliente por aquel delicioso néctar, emprendió el retorno a París. Una vez allí, como él era hombre que no se contentaba con poca ayuda, creyó que lo más prudente sería avisar a los Mosqueteros del peligro que corría su capitán y, al efecto, se dirigió al cuartel de éstos, diciéndole al teniente:

—El señor D'Artagnan necesita de vuestro auxilio. Ha marchado a la isla de Santa Margarita para reunirse con el señor Aramis, Porthos y Athos.

El teniente de Mosqueteros, que había conocido a aquellos hombres que le nombraban Planchet, no dudó un instante en salir en auxilio de su capitán y le dijo al criado:

—Dentro de una hora saldré con varios soldados para la isla de Santa Margarita. Vete tranquilo, que nosotros velaremos por la vida de tu amo.

Planchet se fué algo más tranquilo hacia su casa; pero interiormente no podía olvidar su condición de filósofo y se decía:

—Toda la culpa de lo que suceda la tendrá D'Artagnan. ¿No vivíamos tan tranquilos? ¿Pues por qué diablos se le ha metido en la cabeza volver otra vez a las andadas?... ¡Y lo peor del caso es que me estoy viendo nuevamente trotando por esos mundos de Dios, ahora que me había hecho a la buena vida!

Y así monologando, llegó hasta la casa donde vivía con su amo y comprendió que lo mejor que podía hacer para esperar era entretenerse con un buen trozo de asado y un buen vaso de vino.

Entre tanto, en la isla de Santa Margarita, D'Artagnan llevaba a cabo su propósito de entrar en el castillo. Estaba seguro de que el prisionero que allí había era el propio Rey y le dijo al marino, cuando éste volvió con la barca:

—¿Hace mucho tiempo que vives por aquí?

—Toda mi vida me la he pasado en estas islas, señor —respondió el otro.

—Entonces, ¿conocerás todos los secretos de este castillo—volvió a preguntarle D'Artagnan.

—He oído hablar mucho de él y en otros tiempos en que la consigna no era tan severa he procurado averiguar algo.

—¿Sabes, entonces, si se puede entrar a la fortaleza por algún sitio que no sea la puerta?—inquirió el capitán de los Mosqueteros.

El marino le miró asustado y respondió titubeando:

—Tenga en cuenta, señor, que no se permite a nadie acercarse a los muros del castillo. Corremos el riesgo de ser sorprendidos y que nuestra cabeza vuele.

—No temas—respondió D'Artagnan—. Yo sabré velar por tu vida con la mía... ¿Crees acaso que estoy tan loco que desee perder la mía?

—Entonces, le diré... Conozco un pasadizo que fué cerrado hace muchos años... Conducía al polvorín.

—Pues mátalos a la obra—ordenó D'Artagnan—. Conduce tu barca hasta él y déjame a mí hacer lo demás.

Sigilosamente, la barca se fué deslizando por las tranquilas aguas del canal que rodeaba a la fortaleza, hasta que, al fin, descubrieron una gran boca hecha en la misma pared, y el pescador, señalando para la misma, le dijo:

—Aquí está la entrada que le digo. Por aquí se va al polvorín y por un pasillo que encontréis a mano derecha se puede subir fácilmente al castillo.

Apenas habían andado unos cuantos pasos cuando encontraron un muro que les interceptaba el camino.

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?—le preguntó D'Artagnan.

—Seguro — respondió el marino—. Sin duda, deben haberlo tapiado.

D'Artagnan le quitó el punzón con que el marino solía pescar y se puso a excavar en el muro arduosamente, a la vez que decía al pescador:

—Vigila bien y cuando vengan mis amigos mándalos aquí.

D'Artagnan estaba seguro de que sus compañeros no dejarían de acudir a su llamamiento y tuvo la prueba minutos después, cuando volvió el marino conduciendo a Athos.

Al verlo el Mosquetero, no pudo reprimir su alegría y gritó:

—¡Athos!

—¡D'Artagnan!—respondió el otro. Durante unos segundos permanecieron abrazados. ¡Hacía tantos años que no se habían visto, que aquel encuentro hacía brotar en sus almas las ternezas de otros tiempos en que, juntos, corrieron tantas aventuras.

—¿Qué os pasa?—preguntó Athos al ver que D'Artagnan volvía nuevamente a su trabajo—. ¿Acaso nos habéis hecho venir para desenterrar un tesoro?

—Para algo más que eso—respondió D'Artagnan, sin dejar de trabajar—. Sabed, amigo mío, que el Rey Luis XIV está prisionero en esta fortaleza. Es necesario que nosotros lo saquemos de aquí para desenmascarar al usurpador que ocupa hoy el trono.

Al poco rato de estar trabajando los dos amigos, se presentó Aramis, lanzando su acostumbrado grito de combate:

—¡Pardiez, amigo D'Artagnan!—exclamó, después de haberse abrazado los tres amigos—. Creí que os encontrabais en situación más apurada. Mas decidme qué es lo que hay que hacer.

—Por lo pronto, ayudadnos a echar bajo este maldito muro, que nos intercepta el paso a la fortaleza, y después salvar al Rey de Francia.

No necesitó más explicaciones Aramis, sino que inmediatamente se puso a trabajar con sus compañeros.

—¿Estáis seguro de que detrás de esta pared hay un pasillo?—preguntó Aramis, al ver que no daba señales de poder el muro.

—El pescador que me ha traído aquí, me lo ha asegurado—respondió D'Artagnán, sin dejar de trabajar.

Mientras que los tres amigos proseguían su labor, Athos, en quien la curiosidad era uno de sus mayores defectos, preguntó:

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí el Rey y cómo ha podido llegar a esta situación?

—Amigo mío—respondió el capitán de Mosqueteros—. No es esta ocasión para que os refiera con todo detalle lo que ha sucedido. Ann yo mismo no puedo darme cuenta de ello. Sin embargo os diré que en Palacio actualmente ocupa el trono de Francia un falso Rey, cuya parecido con el

verdadero es asombroso. ¿Recordáis la muerte de Constancia?

Los dos amigos, comprendiendo que aquellas palabras tocaban la llaga todavía no curada del corazón de D'Artagnan, guardaron silencio, y éste continuó diciendo:

—Aquella muerte misteriosa, es ahora comprensible para mí. Constancia sabía el nacimiento de un gemelo y el Cardenal quería ocultarlo a toda costa para evitar que en el trono de Francia se sucediese una guerra civil. Durante todo el reinado de Luis XIV he sido su mejor amigo, su consejero, juré velar por su vida y ha llegado el momento de cumplir su juramento.

Las piedras que sostenían el muro donde trabajaban los tres hombres derrumbaban al impulso de sus golpes, pero sin que dejara entrever ninguna posibilidad de franquearlo.

—Me parece, amigo D'Artagnán—exclamó Aramis—, que el hombre que os ha traído aquí debe haber olvidado el verdadero paso a la fortaleza. Sería mucho mejor que intentáramos entrar por la misma puerta.

—Es imposible—respondió D'Artagnán—. La fortaleza está estrechamente vigilada y nos sería imposible penetrar en ella.

Athos, que era uno de los Mosqueteros que en casos como el presente le gustaba más emplear la fuerza que andarse con astucias de ningún género, exclamó como si lo que decía fuera lo más natural del mundo.

—Pensad D'Artagnan que somos tres hombres bien ar-

mados. Por muchos que sean los contrarios, nuestras espadas sabrán abrirse paso entre sus filas.

Los consejos de Aramis, que siempre resolvían las situaciones difíciles, nuevamente ordenó prudencia y dijo:

—Creo que vuestro intento sería vano, Athos. Lo mejor es continuar trabajando para ver el medio de llegar, sin que nadie se aperciha de nuestra presencia.

Nuevamente emprendieron el trabajo, si se quiere con más ahinco que antes, pero aquella labor era demasiado dura y las fuerzas de los tres hombres iban decayendo rápidamente. Uno a otro se daban ánimos y Athos de cuando en cuando no dejaba de decir alguna broma que hacía dibujar una sonrisa en los labios de sus amigos.

—¿Está avisado el rey de nuestra llegada?—preguntó de pronto Aramis.

—Nada sabe de ella—contestó D'Artagnán—. Me envió el otro pedazo de la medalla, como indicándome que necesitaba mi auxilio, pero estad seguro de que lo encontraremos.

—No lo dudeis—exclamó Athos—. Nunca se podrá decir que los antiguos Mosqueteros del Rey dejaron escapar una presa cuando ya estaba al alcance de sus manos.

En el interior de aquel subterráneo la respiración de los tres hombres se oía jadeante y un sudor copioso bañaba sus frentes. Si Luis XIV hubiera podido ver el valor de aquellos hombres, la fidelidad con que lo servían, sin duda que hubiera quedado maravillado. Mas allí no había nadie que fuese espectador. Cuantos estaban, estaban sola-

mente por el cumplimiento de un compromiso que para ellos era sagrado y sin pensar en sacrificios de ninguna especie seguían horadando el espeso muro con la fuerza de la desesperación. D'Artagnan, que temía que los hombres del conde hubieran salido en su persecución, redoblaba sus fuerzas, con el deseo de poder libertar al Rey antes de que llegaran sus contrarios y la situación fuese peor.

EN LA FORTALEZA DE SANTA MARGARITA

Durante más de una hora, nuestros tres amigos continuaron trabajando para destruir aquel muro. Sus vestidos iban desgarrándose, hasta que, por fin, al saltar una piedra se filtró una ráfaga de aire.

Aquello les dio alientos para emprender con más vigor su tarea y, poco después, habían abierto una abertura, por la que pasaron fácilmente los tres Mosqueteros.

De pronto, se encontraron con una amplia sala, en la que todavía había amontonados varios barriles de pólvora. D'Artagnan exclamó:

—El pescador sabía bien este camino. No se engañó al decir que antes había estado aquí el polvorín.

Subieron unos cuantos escalones y se encontraron con un largo corredor, completamente oscuro. Entonces, D'Artagnan se adelantó a sus amigos, diciéndoles:

—Dejadme ir delante. El hombre de la barca me ha explicado el camino y a mí me será más fácil dar con la salida de este subterráneo.

Volvieron a subir otra escalera y se encontraron, por fin, dentro de la fortaleza. Fácil les fué a los valientes

Mosqueteros hacer callar al primer centinela que encontraron al paso y llegar hasta donde estaba el gobernador de la fortaleza. Este, al ver a unos desconocidos, echó mano a su espada; mas de D'Artagnan, sin dejarle obrar, le agarró por el cuello y, atenazándolo entre sus dedos, le dijo:

—¿Dónde está el Rey?

—Aquí no hay más que prisioneros — respondió, haciendo un esfuerzo el gobernador.

—Demasiado sabes que no es así—exclamó D'Artagnan—. ¡Habla de una vez si es que no quieres morir a mis manos!

Mas no fué preciso que el gobernador indicase el lugar en que estaba encerrado el Rey porque en aquel instante, Athos, de un tremendo puntapié, había echado abajo la puerta de una celda que había allí y en su interior se encontró con un hombre que, con la cabeza cubierta con una terrible máscara de hierro, le gritó:

—¡A mí D'Artagnan!

—¿El Rey?—gritó a su vez el Mosquetero.

Corrió hacia donde estaba el hombre de la máscara de hierro y le dijo:

—Es preciso huir, señor. Abajo hay una salida que es preciso utilizar antes de que la cierren.

A los gritos del gobernador acudieron los demás soldados que guardaban la fortaleza y empezó una lucha titánica. Los Mosqueteros procuraban por todos los medios poner a salvo al Rey, mas el gobernador, adivinando los pensamientos de éstos, se interpuso entre ellos y la puerta

para impedirle el paso. Fué solamente un momento, porque la espada D'Artagnan encontró pronto funda en el pecho del infame, que cayó rodando sin vida. Athos se las entendía con seis o siete soldados y sus estocadas no cesaban de hacer brecha en la fila de los contrarios. Aramis, por su parte, tampoco permanecía inactivo y contenía al reto de la soldadesca.

A pesar del valor tantas veces acreditado de los Mosqueteros, la situación se hacía cada vez más difícil, puesto que D'Artagnan temía que llegase de un momento la gente del conde Rochefort y les cerrasen el paso. Cuando más crítico era el momento, apareció Porthos, que, al ver a sus compañeros luchando, exclamó:

—¡Mil diablos!... Si me entretengo un poco más llego tarde.

—¡HO-LA!—gritaron sus demás compañeros y a este grito Porthos desenvainó su espada y se puso en defensa de sus amigos.

El Rey, desde un ángulo de la habitación, adonde lo había arrinconado D'Artagnan, defendiendo su cuerpo con el suyo, presenciaba la lucha de estos hombres y pensaba interiormente en el valor extraordinario de ellos. Quiso tomar una espada para ayudarles, mas D'Artagnan lo detuvo, diciéndole:

—Majestad, dejadnos a nosotros con estos villanos. No es digno que crucéis vuestro espada con ellos. Vos os debéis a Francia.

En la lucha iban retrocediendo poco a poco, con el fin de ganar el pasillo, que debía ponerlos en el camino de

salir de la fortaleza; mas los soldados no cesaban en su acometida y cuando llegaron al polvorín, Porthos gritó a sus compañeros:

—¡Salid con el Rey antes de que sea tarde! Yo detendré a estos desgraciados.

Cumplieron la orden y los soldados, al ver que estaba solo Porthos, arremetieron con más furia contra él. Entonces, el valiente Mosquetero dió una patada a un barril de pólvora que había cerca de él, tomó una antorcha de las que había en la pared y la arrojó sobre la pólvora. El efecto fué inmediato. Una horrorosa explosión atronó el espacio y el muro se vino abajo, sepultando entre sus escombros al noble Porthos y a todos los soldados. Su compañerismo, el amor a Francia y su lealtad al Rey le habían llevado a pagar con su vida aquel tributo de valiente. Al oír la detonación, corrieron sus compañeros adonde lo habían dejado y solamente pudieron extraer de los escombros el cadáver del atlético Porthos. Echaron sobre él una capa y D'Artagnan ordenó a los demás:

—¡Huyamos! ¡La vida del Rey está en peligro!

A aquella orden salieron los otros dos Mosqueteros y, poco después, respirando, por fin, el aire puro, se vieron en pleno campo. Luis XIV tomó el caballo que había traído Porthos y, montando sobre él, partieron hacia París. En el rostro de Luis XIV, libre ya de la horrible máscara, se adivinaban los sufrimientos a que había estado sometido y en sus ojos se podía ver el fuego de venganza que ardía en su alma.

Mientras tanto, Rochefort se acercaba con su gente para cortar la retirada de los Mosqueteros. A medio camino de la capital se encontraron con el Rey y sus salvadores. D'Artagnan, al verlos, comprendió que tendría que librar una de las luchas más difíciles de su vida. Quiso animar a sus amigos y, señalando para los soldados que venían al mando de Rochefort, exclamó sonriendo:

—Son treinta contra tres, amigos míos. Nunca estuvo más igualada la lucha.

El Rey se lo quedó mirando, como queriendo adivinar si aquel hombre había perdido el juicio al pretender hacer cara nada menos que a una compañía de guardias. Mas D'Artagnan y sus compañeros no le dieron mucho tiempo para reflexionar. Sacaron sus espadas y arremetieron contra los guardias, que pronto se dieron cuenta de que no era tan fácil apoderarse de aquellos tres hombres mientras tuvieran una espada en la mano.

La lucha fué enorme. D'Artagnan se multiplicaba de un sitio a otro, teniendo siempre bajo su custodia al Rey. Aramis, que era siempre el que daba consejos, vió en seguida la forma de hacer más fácil la victoria y, aprovechando un momento, se acercó a Athos y le dijo:

—Dividamos el grupo en tres y así cada uno podrá coger el adversario que más le agrade.

—¡Por Dios, que habéis tenido una buena idea!—exclamó Athos, que siempre había reconocido en Aramis una inteligencia mucho más privilegiada que la suya.

Dicho esto, cada Mosquetero arremetió por un lado distinto y pronto consiguieron el plan que se proponían.

El suelo estaba lleno de heridos y muertos, pero los supervivientes se defendían heroicamente, como jamás hubiera podido creer D'Artagnan en aquellos hombres. Rochefort huía toda pelea con los Mosqueteros y sus ojos buscaban insistentemente al Rey. Se veía en él el deseo de acabar de una vez con Luis XIV para asegurar el trono del usurpador. Comprendiólo así D'Artagnan y, lanzando una carcajada, exclamó:

—¿Buscas al Rey, miserable?... ¡Ven por él, pero ten en cuenta que mi espada le guarda!

Excitado por aquellas palabras, Rochefort se olvidó de toda precaución y se lanzó sobre Luis XIV, mas antes de que pudiera llegar a él, la espada de D'Artagnan ya le había atravesado de parte a parte.

Un ruido de caballos que se acercaban les hizo comprender que alguien venía en su auxilio. No se engañaron: eran los Mosqueteros, prevenidos por Planchet, que corrían en ayuda de su capitán.

D'Artagnan miró hacia donde estaban sus compañeros para darles la orden de retirada y en aquel momento vió que Aramis caía al suelo bañado en sangre.

Era el segundo Mosquetero que pagaba con su vida el tributo de fidelidad a la Corona. Aun tuvo tiempo para incorporarse un poco y pretendió lanzar el grito de combate; pero sus fuerzas le faltaron y cayó sin vida a tierra.

D'Artagnan, viendo que los soldados que habían estado luchando con Aramis se disponían a atacar al Rey, hizo subir a éste a su caballo y emprendió la fuga hacia donde venían sus soldados. El único de los Mosqueteros que que-

daba con vida era Athos, que luchaba en aquel momento con el vil conde Rochefort, que había logrado incorporarse. Comprendía Rochefort que los instantes eran preciosos para su vida, que se acababa, y se lanzó a fondo contra Athos. La espada de éste quedó prendida en el pecho de Rochefort, pero, a su vez, el valiente Mosquetero quedó prendido en la estocada mortal que le había tirado Rochefort. Y allí, casi abrazados, quedaron los dos hombres. De los cuatro Mosqueteros, solamente quedaba uno vivo, los otros tres habían muerto en defensa de su Rey y de Francia.

EN PALACIO

El usurpador del trono de Francia habia estado durante gran rato meditando las palabras que le habia dicho el conde Rochefort de que era preciso alejar "definitivamente" a la Reina, y en su corazón germinó pronto la idea de desprenderse de Ana de Austria, que representaba un verdadero peligro para sus miras ambiciosas. Al efecto, llamó a un paje y le ordenó:

—Dile al teniente que está al servicio de la Reina que de orden mía la pase a mis habitaciones.

Cuando Ana de Austria recibió esta orden tuvo el presentimiento de que algo grave iba a ocurrirle. Su instinto maternal le hacía temer de los sentimientos de sus hijos y fué a la cámara de éste verdaderamente convencida de que le aguardaba alguna desgracia. Mas, al ver a los cortesanos reunidos con el Rey, sintió cierto alivio, que pronto desapareció, al ver que el falso Luis XIV les decía:

—Dejadme solo con mi madre. Quiero esta tarde comer solo con ella.

La Reina, como es natural, no podía negarse a este deseo de su hijo y menos aun sin tener pruebas que lo condenaran. Por lo mismo aceptó y Luis XIV, sentándola a su lado, empezó a decirle:

—Os ruego, señora, que dispenséis mis palabras de hace un rato. El estado de mi ánimo estaba algo excitado y a ello fué debido únicamente.

—La madre, sin poder comprender aquel cambio tan brusco en la conducta del que momentos antes la había tratado de manera tan cruel, no se atrevió a proferir palabra y Luis XIV siguió diciéndole:

—He querido quedarme a solas con vos para daros esta explicación y para tener por primera vez en mi vida la satisfacción de comer en vuestra compañía.

La Reina, cada vez más asombrada, se atrevió a decir:

—Este momento hubiera sido para mí el más feliz de mi vida si con nosotros estuviera el Rey.

—Os ruego, señora—exclamó el usurpador, cambiando inmediatamente el tono de voz—, que no pronunciéis esa frase en presencia de nadie... Podría traeros un grave disgusto, que yo sería el primero en lamentar... El Rey de Francia soy yo y desafío a que me prueben lo contrario.

—Pero y vuestro hermano, ¿qué ha sido de él?—preguntó angustiosamente la Reina.

—Mi hermano, ya os he dicho que está en lugar seguro, de donde nunca saldrá.

La entrada de un criado portador de las viandas hizo callar al Rey, quien le ordenó:

—Llena las copas de vino.

El sirviente cumplió la orden y Luis XIV le ofreció la copa a su madre. Un íntimo presentimiento le hizo rehusar el ofrecimiento y el falso Rey, disimuladamente, arrojó sobre la copa que tenía delante unos polvos que contenían un veneno activo, a la vez que le decía, ofreciéndosela:

—Vuestro temor es injustificado. ¿Creéis que tengo interés en causaros algún daño?

La Reina, con la vista fija en la copa que tenía delante, no se atrevía siquiera a tocarla. En vista de ello, su hijo tomó la de la Reina y, ofreciéndole la que para él había sido servida, le dijo:

—Veo que continuáis dudando de mi cariño. Tomad mi copa y vuestras sospechas quedarán desvanecidas.

Le Reina tomó la copa que le ofrecía su hijo y en el momento en que iba a beber su contenido apareció el verdadero Luis XIV, en compañía de D'Artagnan y de los Mosqueteros, gritando:

—¡Detened a ese hombre, que se hace pasar por Luis XIV!

El hermano gemelo quedó sorprendido ante la presencia del verdadero Rey y cuando intentó huir ya era tarde. Varios Mosqueteros, a las órdenes de D'Artagnan, se habían colocado detrás de él, impidiéndole la huida.

Todo el odio que Luis XIV sentía en aquel momento hacia su hermano, se mostraba intensamente en el brillo de su mirada. Había sufrido días de horrible tortura mientras había estado en el cautiverio, y en aquel instante en que le tocaba a él juzgar, quería saborear su venganza.

—¡Por fin, volvemos a vernos, frente a frente!—exclamó el Rey.

—¿Qué es lo que queréis de mí?—preguntó el falso Rey, dando una muestra más de su cinismo—. ¡Hablad pronto o, de lo contrario, haré llamar a mis servidores para que os prendan.

Luis XIV soltó una carcajada y exclamó:

—¿Creéis que podéis continuar por más tiempo vuestra superchería?... Ahora está aquí el verdadero Rey, el que ha de juzgaros, y con la misma severidad con que lo hicieris vos, mal caballero. Sin duda, os creíais que ya no volvería jamás, que, agotado, abatido por la desesperación, acabaría por sucumbir; pero habéis pensado mal. No hay crimen que no se pague, y el vuestro es demasiado horrendo para que quede sin castigo.

El amor de madre, aun en aquella circunstancia, se sobreponía y la Reina, acercándose a Luis XIV, le suplicó:

—¡Calmaos, hijo mío, pensad que es vuestro hermano!

—Perdonad, señora — respondió humildemente Luis XIV—. Pero este hombre no puede ser mi hermano, no ha podido nunca tener la misma madre que yo. A su presencia acuden a mi memoria día por día, hora por hora, todos los sufrimientos que he padecido en la mazmorra de la fortaleza. Desde el día en que tan vilmente os apoderasteis de mí, mi vida ha sido un calvario doloroso.

Los presentes miraban atemorizados las alteradas facciones del que continuó diciendo a su hermano:

—Ya que me es permitido el haceros leer en cada una

de las arrugas de mi frente las espantosas torturas a que he sido sometido diariamente por orden vuestra, pensad en las que os aguardan.

El otro hermano, aterrado por el acento amenazador del Rey, exclamó, pálido como un moribundo:

—¡Perdón! ¡Fui engañado por otro hombre!

—Sí, ya lo sé—respondió el Rey—. Por el conde Rochefort. Ese ya ha pagado su deuda con la justicia; pero puesto que sois cómplice, justo es también que vos seáis sentenciado.

—¿Qué pretendéis, pues?

—¡Castigarte con tu propio invento!—exclamó el Rey.

En efecto, llamó a uno de los soldados, que llevaba la máscara que durante tantos días él había tenido puesta, y le dijo:

—Id con este hombre y que se le coloque esa máscara.

Las facciones del hermano de Luis XIV se alteraron como si fueran las de un loco al oír el terrible castigo que le esperaba. Ya no se acordaba de que su maldad había sido la que había inventado aquel aparato torturador que durante tantos días ocultó el rostro de su hermano. Miró con terror a todos lados, como buscando un amigo que saliera en su defensa y sólo encontró caras impasibles, que permanecían indiferentes al suplicio que en aquel momento padecía.

La Reina, que hasta entonces había estado callada como espectadora de aquel drama que se desarrollaba en la cámara real, se levantó de su asiento y con el pecho agitado

por la angustia de ver a su hijo en aquella situación sintió el impulso materno y le suplicó a Luis XIV:

—¡Hijo mío, Dios ha querido, ante de llamarme a su seno, mandarme esta prueba cruel en expiación de mi falta por haber ocultado el nacimiento de mi segundo hijo, y la acepto y sufro resignada como la penitencia más dura que hubiera podido dictarme, pero vos, hijo mío, el único Rey de Francia, tened misericordia para con vuestro hermano, sed clemente una vez más en la vida y perdonarlo!

—Hubiera podido perdonarlo si a mí sólo hubiera causado mal; pero en mi ausencia mis más fieles amigos han muerto bajo el furor de su venganza implacable. Son sus víctimas, madre mía, las que me piden venganza. El camino de la isla de Santa Margarita hasta aquí está lleno de cadáveres, que sólo su ambición ha sembrado. Todos ellos piden venganza, justicia, y yo, como Rey, sabré vengarlos.

—La Reina, comprendiendo que era inútil cuanto intentara, volvió a su asiento y tomó la copa de vino que le había ofrecido momentos antes para enjugar su garganta, seca por el disgusto que estaba pasando.

D'Artagnan, por un presentimiento inexplicable, corrió al lado de la Reina y le quitó la copa, que la otra ya tenía cerca de los labios.

—¿Qué hacéis?—preguntó extrañada la Reina.

—Perdonad, señora—exclamó D'Artagnan—. Pero, según tengo entendido, el vino de palacio no resulta estos días muy bueno para la salud.

La Reina se lo quedó mirando y el Mosquetero, con aparente tranquilidad, arrojó el líquido en un jarrón que con-

tenía flores, las cuales no tardaron en adquirir un color violáceo, que hizo exclamar a la Reina:

—¡Veneno!

—Ya veis, señora—respondió sonriendo D'Artagnan—, que tenía razón al deciros que el vino de palacio suele ser perjudicial a veces.

Aquel nuevo crimen acabó con la paciencia del Rey, que hizo una señal a sus soldados para que sacaran de la habitación a su hermano.

Este, desesperado ante su impotencia y concentrando todo su odio contra D'Artagnan, se lanzó sobre la mesa, tomó un cuchillo y, antes que nadie pudiera evitarlo, lo hundió en un costado del bravo Mosquetero.

D'Artagnan, sin expresar el menor gesto de dolor, arrojó lejos de él al usurpador y se sostuvo contra la cornisa de la gran chimenea de la sala regia para evitar que la Reina pudiera presenciar el horroroso espectáculo de aquella nueva muerte causada por su hijo.

El Rey, que no se había dado cuenta de la acción de su hermano, se acercó a donde estaba D'Artagnan y, estrechando su mano, le dijo:

—Amigo mío, te debo la vida y el trono. Pide lo que quieras, que por mucha que sea tu ambición, mayor es mi deseo por otorgártelo.

—Señor—respondió D'Artagnan, procurando ocultar el dolor que sentía en aquel instante—, vuestra bondad es superior a lo que yo creía. No he hecho nada que merezca recompensa. He cumplido solamente mi deber con mi Rey y con Francia.

El Rey se lo quedó mirando, como admirado del valor de aquel hombre, y al fin exclamó, queriéndole otorgar la mayor recompensa posible:

—Mucho honor se te debe, D'Artagnan, y mucho honor quiero que se te haga. Hoy mismo, en presencia de todos mis cortesanos, se te hará entrega del bastón de Mariscal de Francia.

D'Artagnan no se atrevió a pronunciar palabra. Temió que las fuerzas le faltasen y sólo hizo un leve movimiento de cabeza al retirarse el Rey.

Cuando salió aquél, disimuladamente se llevó la mano al lugar donde tenía clavado el cuchillo y lo sacó de la herida, arrojándolo al suelo, sin que nadie lo viera. Tambaleándose, con los ojos vidriados por la proximidad de la muerte, salió a la amplia terraza de palacio. Caminaba vacilando, como un beodo a quien le faltan las fuerzas para sostenerse. Sus pensamientos empezaban a amotinarse en su cerebro y el desequilibrio de la fiebre le hizo ver sombras fantásticas.

De pronto, Aramis, Athos y Porthos, aquellos tres inseparables compañeros, que habían perdido la vida por él, se le aparecieron en el espacio. Su alucinación le hizo creer que eran seres verdaderos y adelantó un paso hacia ellos. Fué éste el último de su vida, extenuado ya, y cayó sobre el pavimento, mientras que sus labios exclamaban en un leve suspiro:

—¡HO-LA! Ya soy con vosotros, amigos míos. Todavía nos esperan muchas aventuras más ALLA.

Su vista no podía apartarse de aquel punto lejano desde donde sus tres compañeros le miraban, llamándolo. De pronto, creyó que una mano fuerte, nervuda, la de Athos, se extendía hacia él y lo elevaba entre ellos. Ya volvían a estar reunidos los que jamás se separaron en los momentos de peligro, los que siempre supieron dar el pecho en defensa de las causas justas, y D'Artagnan, al sentirse entre ellos, sacó su espada. Sus amigos le imitaron, y como una voz lejana, venida del más ALLÁ, sintió el grito de combate.

Mientras tanto, la orden del Rey había sido cumplida; los cortesanos se habían reunido en la sala del trono y Su Majestad, Luis XIV, les daba cuenta de la heroicidad del capitán de Mosqueteros y su deseo de entregarle el bastón de Mariscal en presencia de toda la corte.

La reina se presentó en aquel instante, denotando en su semblante una angustia infinita. En su mano traía un cuchillo ensangrentado y le dijo a su hijo:

—Es inútil, hijo mío. D'Artagnan ha muerto. En la sala había este cuchillo, con el que tu hermano le ha matado.

Apenas hubo terminado estas palabras, Luis XIV corrió hacia donde había dejado a D'Artagnan. Al no encontrarlo, recorrió todas las habitaciones de palacio, seguido de sus cortesanos, hasta que, por fin, lo encontró tendido en la plazuela que formaba la terraza. D'Artagnan no había querido ser menos que los demás Mosqueteros y había entregado también su vida por Francia y por el Rey.

Luis XIV, conmovido hasta lo más íntimo de su corazón, se arrodilló junto al cadáver del valiente D'Artagnan.

y, conteniendo a viva fuerza las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, exclamó:

—Luis XIV no faltaba a su palabra, D'Artagnan. Te prometí el bastón de Mariscal de Francia y aquí lo tienes.

En el más ALLA, los cuatro Mosqueteros veían la ceremonia y se reían sarcásticamente. ¿Acaso creían allá abajo que D'Artagnan había muerto?... ¡Pobres ilusos! El Cuerpo de Mosqueteros habría muerto, pero su alma, aquella alma noble y abnegada, perduraría por todos los siglos. Su nombre permanecería al correr de los tiempos incólume y las generaciones venideras pronunciarían el nombre de D'Artagnan como espejo de caballeridad y valentía...

EPILOGO

En la isla de Santa Margarita, construida nuevamente por orden expresa del Rey Luis XIV, en una de sus terribles mazmorras, sufría el castigo de sus crímenes el miserable, que osó incluso intentar contra la vida de la que le había dado el ser. Su rostro, desfigurado por la horrible máscara de hierro, permanecía oculto a toda mirada. Lentamente, con esa lentitud de la espera de lo que no ha de llegar, el hermano de Luis XIV veía transcurrir las horas y los días, sin que nada viniera a distraerlo de la monotonía de su cautiverio. En su soledad, sus víctimas aparecían ante él acusadoras y la conciencia del que todo lo supeditó al logro de su desmedida ambición sufría la tortura del remordimiento. Sabía que para él no había perdón posible. Su vida estaría siempre esclavizada entre aquellas cuatro paredes, cuyas bases arrullaban las tranquilas aguas del mar.

Sin embargo, alguien trabajaba su perdón. Todavía había un ser que no lo había olvidado. Ana de Austria no podía olvidar que había llevado en sus entrañas a aquel prisionero y no perdía ocasión para solicitar del Rey clemencia para el desgraciado.

Una de las más bellas cualidades que adornaban el carácter bondadoso de Luis XIV era el acendrado amor que sentía por su madre, y ella, convencido de él, reanudaba diariamente su petición, hasta que, al fin, consiguió que el Rey le dijese:

—Madre mía, puesto que es vuestro deseo y vuestra tranquilidad, libertaré a mi hermano del castillo de Santa Margarita.

—¡Gracias, hijo mío, gracias!—exclamó la Reina.

—Saldrá custodiado por mis hombres fuera de Francia, donde no pueda intentar nuevamente ninguna conspiración.

Dos días después, el asesino de D'Artagnan salía de la mazmorra donde estaba y preguntó a sus carceleros:

—¿Ha llegado ya la hora de mi muerte?

En su corazón, endurecido por el mal, no había tanta bondad por parte de quien tanto había sufrido por su culpa.

El jefe de la fortaleza, cumpliendo la orden real, se limitó a decirle:

—Su Majestad Luis XIV ha ordenado que seáis conducido a España, de donde no podréis salir sin orden suya, bajo pena de muerte.

—¿Se me destierra?—volvió a preguntar el hermano gemelo.

El gobernador, por toda contestación, llamó a sus soldados y, ofreciéndole un caballo al antiguo usurpador, le dijo:

—Os agradeceré señor, que sigáis a estos hombres. Os

advierto que tengo orden de mataros si hacéis la menor resistencia o pretendéis fugaros.

—Estad tranquilo, caballero—respondió el hermano de Luis XIV—. Cumpliré las órdenes de Su Majestad.

Algunos días después, en tierras españolas, el hermano de Luis XIV vivía alejado de cuanto significaba la política francesa. Custodiado por hombres de plena confianza del Rey, el que por unos meses ciñó sobre su cabeza la corona de Francia, usurpándola a costa de tanta sangre, era simplemente un prisionero con aparente libertad.

Entre tanto, en palacio volvió a reinar nuevamente la tranquilidad. Luis XIV confirmó durante todo su reinado la bondad de sus sentimientos, que fué su principal característica, y los nombres de los cuatro Mosqueteros permanecían grabados en el corazón de aquel Rey magnánimo, que no sabía olvidar nunca los beneficios que recibía.

A pesar de los años transcuridos, la sombra de D'Artagnan parecía recorrer los salones de palacio, y muchas veces el Monarca fué sorprendido con los ojos humedecidos por las lágrimas. El recuerdo del amigo querido, del que supo dar su vida por él, acudía a su mente y aquel recuerdo traía a su alma el perfume de un amistad sincera, imperecedera, de ese sentimiento tan sublime de los hombres que cuando es sincero parece sobrevivir a la misma muerte.

FIN

HOY como AYER

BIBLIOTHECA FILMS

(Título de la supremacía)

Sigue su marcha triunfal publicando las
óbras cumbres de la cinematografía.

Testimonio:

Los parias del Amor	2'00	ptas.
Pimentilla	2'00	"
Dorotea Vernon	2'00	"
El milagro	1'50	"
El Niño de las Monjas	1'50	"
La Cabaña del Tío Tom	1'50	"
Jaque a la Reina	1'50	"
Rosita	1'00	"
Los Nibelungos	0'50	"
Los Dos Pillefes	0'50	"
El Gaucho	0'50	"
Ben Hur	0'50	"
El Signo del Zorro	0'25	"

Y en la prensa y temporadas:

EL ARCA DE NOÉ	1'00	ptas.
LA MUJER DISPUTADA	1'00	"
TRAFALGAR	1'00	"
LA MASCARA DE HIERRO	1'00	"

Las novelas cinematográficas
que deleitarán a los inteligentes

Se envían números sueltos y colecciones completas, previo
cubrir del importe en salido de correo. Remiten cinco cén-
timos para el certificado. Franqueo gratis.

BIBLIOTHECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
1215 BROADWAY

ADAMS, J. W. 1840-1890

¿Quiere usted conocer la vida ar-
tística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTHECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACIA)

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

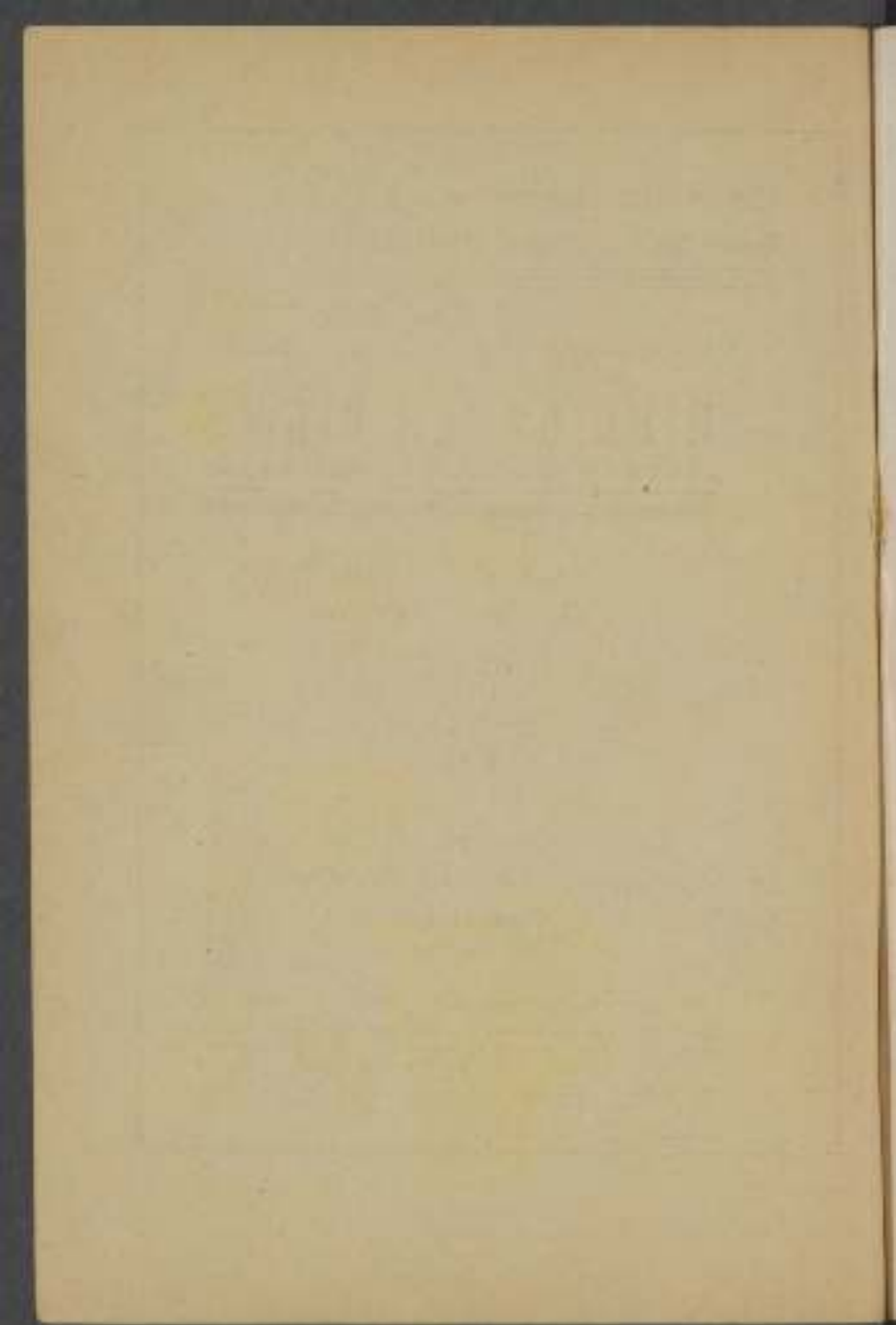
Dolores del Río

25 CÉNTIMOS Adolfo Menjou

VOLÚMEN Janet Gaynor

Servimos además ensayos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remiten cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona





UNA peseta